

# NÓMADAS DE PAPEL

Entre cimas y simas: por los senderos de la crónica

Héctor Esparza  
Armando Monsiváis



## Nómadas de papel

**PATRONATO DEL TEATRO ISAURO MARTÍNEZ, A.C.**

Jaime A. Allegre Del Cueto

*Presidente*

Claudia Máynez Alemán

*Directora del Teatro Isauro Martínez*

**UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN**

Guillermo Prieto Salinas, SJ

*Rector*

Lorena Giacomán Arratia

*Directora General Académica*

José Francisco Méndez Alcaraz, SJ

*Director General Educativo*

**REVISTA *NOMÁDICA***

Héctor Esparza

*Director*

Armando Monsiváis Saldaña

*Coordinador editorial*

**NÓMADAS DE PAPEL**  
**ENTRE CIMAS Y SIMAS:**  
**POR LOS SENDEROS DE LA CRÓNICA**

Héctor Esparza  
Armando Monsiváis Saldaña



Nomá'dica

---

---

Autor: Esparza Nieto, Héctor Alejandro  
Título: *Nómadas de papel. Entre cimas y simas: por los senderos de la crónica* / Héctor Esparza, Armando Monsiváis  
Torreón, Coahuila, México: Teatro Isauro Martínez: Universidad Iberoamericana: *Nomádica*, 2016.

Temas:

Comarca Lagunera de Coahuila (México) – Crónicas  
Comarca Lagunera de Durango (México) – Crónicas  
Comarca Lagunera – Historia – Siglo XXI  
Comarca Lagunera – Vida social y costumbres  
Comarca Lagunera – Periodismo

Clasificación:

F  
1266  
E86  
N6  
2016

---

EDICIÓN

Jaime Muñoz Vargas

COMPILACIÓN DE TEXTOS

Graciela Álvarez Rodríguez

CORRECCIÓN

Higinio Esparza

FOTOGRAFÍA

Cecilia Rojas Orozco  
Nancy Méndez Lozano  
Armando Monsiváis  
Héctor Esparza

PORTADA

Yoloxóchitl Carranza/Jaime Muñoz

*Nómadas de papel. Entre cimas y simas: por los senderos de la crónica*  
Torreón, 2016

©Héctor Esparza

©Armando Monsiváis Saldaña

Impreso en México

*Indudablemente esta obra está dedicada a mis padres, a mis hermanas, hijos, pareja y a la oportunidad de poder caminar un poco por los senderos polvosos de esta tierra.*

HÉCTOR ESPARZA

*A los que se extraviaron para siempre en sus sueños y nunca dejaron de caminar.*

MONSI





## DOS NÓMADAS DE ATAR

JAIME MUÑOZ VARGAS

**T**ras cruzar estas páginas a campo traviesa confirmé lo que ya sabía: Armando Monsiváis y Héctor Esparza están locos. Primero, porque desde hace más de una década se han dedicado a mantener vivo un proyecto de esos que sólo los locos de cepa, los locos bien nacidos, logran emprender y no dejar que muera: una revista, la revista *Nomádica*; segundo, porque para que eso haya ocurrido, para que el vendaval de las crisis recurrentes (o más bien permanentes) de nuestro país no los haya arrasado, han tenido que deambular por todos los vericuetos del proceso editorial: Héctor y Monsi han sido pues ideadores, administradores, contadores, jefes de información, jefes de redacción, diseñadores, vendedores, organizadores de aniversarios, reporteros, fotógrafos y casi casi voceadores de *Nomádica*. Por eso, reitero: están locos. Y locos de atar, de veras.

Es importante no perder de vista que *Nomádica* es una revista de altísima calidad periodística. Para afirmar esto sin que me tiemblen los dedos sobre el teclado me baso en lo que he visto publicado por estos rumbos y por otros más pudientes. La combinación, pues, de permanencia y calidad hacen de esta *magazine* un producto estimable, de colección. El trabajo que hay detrás de sus páginas es, por ello, enorme, y en todo han estado presentes los susodichos locos y cerca de siete u ocho compañeros más, como Graciela Álvarez, Carolina Monsiváis, Higinio Esparza, Alejandra Aviña, Nancy Garay Duéñez, Francisco Valdés Perezgasga, Leticia González Arratia, Eduardo Sanromán y quien esto escribe, ente otros que colaboraron de manera intermitente. En lo personal, siempre me asombró la pericia que han mostrado para moverse administrativamente, pues en los números negros, en las finanzas sanas, está el secreto de la supervivencia en los Andes de la precariedad económica. Dicho sea de pasada, cuántas revistas de todo tipo no han nacido y muerto de inmediato porque en este rollo —el rollo hemerográfico— el camino del infierno está empedrado, más que de buenas intenciones, de imprentas que no fían.

Pero *Nomádica* ha seguido en pie, sólida, a punta de buen trabajo administrativo, y conste que no se trata de un puñado de papel revolución impreso a una sola tinta, económico dentro de lo que cabe, sino de una revista perfectamente diseñada, perfectamente impresa y perfectamente encuadernada, lo que empata con la excelencia de sus contenidos. Para sostenerla, insisto, se ha requerido una dosis más o menos alta de locura, la cabeza puesta en un sueño periodístico casi anómalo, me atrevo a decir.

Ahora bien, lo más extraño de todo no está en la capacidad mostrada por Héctor y Monsi para no sucumbir en la peligrosa jungla de los cobradores y de las alimañas no menos despiadadas del fisco, sino en las ya incontables expediciones que han hecho para recoger la información textual e icónica que es, dígame lo que se diga, la parte más importante de una publicación. Estos dos locos —estos dos nómadas del siglo XXI— llevan en sus bitácoras una sarta de recorridos que desde ahora los convierte, creo, en los patas de perro que

más han recorrido y mejor han documentado a La Laguna y sus amplios, amplísimos alrededores. La crónica de esos periplos es, precisamente, la víscera, el hueso y el músculo de este libro, dicho esto no por afán hueco de metaforizar anatómicamente sino de expresar con claridad que estas aventuras han implicado un arriesgue físico, un darse de topes con las realidades más hostiles y un exponer el pellejo a picaduras y mordeduras de muy variado origen y virulencia.

Contra lo que pudiera pensarse de antemano, el abordaje de los riesgos no ha sido encarado por estos dos locos bajitos (así les diría Serrat) con gesto de héroes ni prosa campanuda. Están tan pirados que narran sus peligrosas aventuras con humor, con autoescarnio, como si fueran, porque acaso lo son, eternos aprendices de expedicionarios.

Trepada al Volkswagen de Héctor o a la ya mítica y cortazareana Combi de Monsi, la dupla se ha movido por las cuatro zonas del cardinal tanto en territorio de Coahuila como de Durango, los estados que pellizca la Comarca Lagunera. Valles, cadenas montañosas, desiertos, ríos, cuevas, minas, puentes colgantes, haciendas fantasmales y demás parajes hóspitos e inhóspitos han sido visitados con cámara, papel y pluma en ristre; tales lugares están sobrepoblados por serpientes, moscos voraces, osos, hormigas, alacranes, terratenientes, policías y demás especies sin modales que han visto pasar los vehículos oficiales de *Nomádica*. Sus dos tripulantes dan cuenta de algunas de esas andanzas en este libro y nos muestran recovecos desconocidos de nuestro entorno, parajes en los que no deja de latir algo de virginal, de salvaje, de nuevo y por lo tanto de inseguro, ajeno al privilegio urbano de tener cerca, para empezar, ambulancias y hospitales.

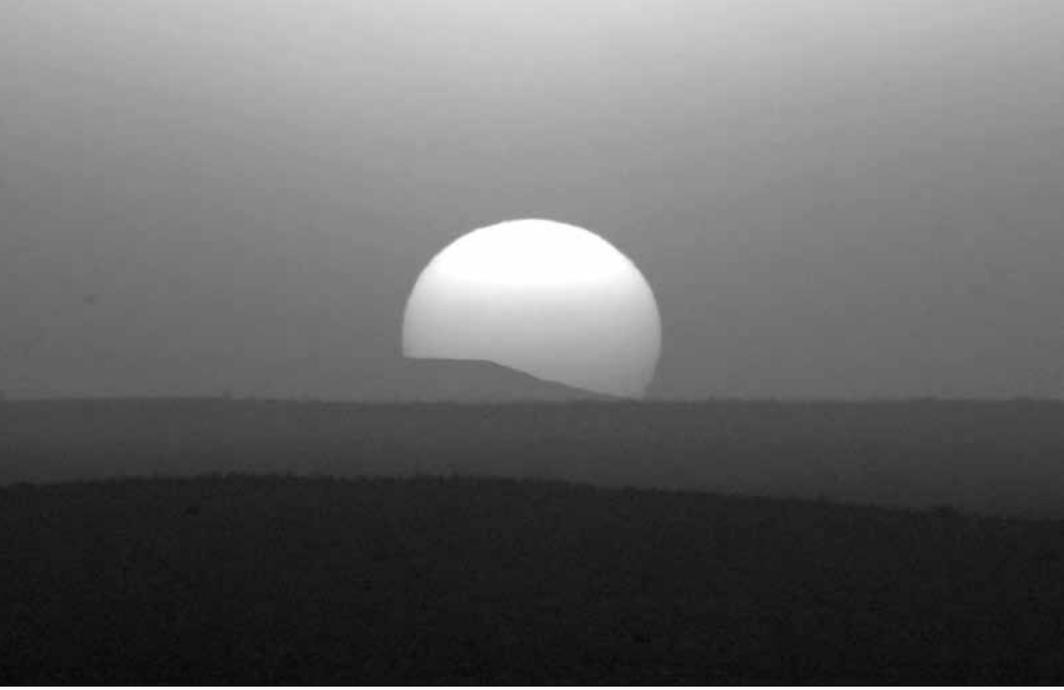
*Nómadas de papel* está cruzado por la honestidad. A la menor provocación, sus autores narran atrevimientos en los que jamás quieren lucir como conocedores. Antes bien, los recorridos son permanentes aprendizajes, inmensas aulas a cielo abierto. Por ejemplo, cuando Héctor quiere cazar patos en el río y tocado con un casco de calabaza —como los primeros cronistas de estas tierras señalaron que procedían nuestros aborígenes— el truco le falla y

termina haciendo un papelazo que lo obliga a recular; Monsi, por su parte, confiesa su indefensión ante la furia de los rayos, aquel momento horrible en el que su guía, lejos de proveerle seguridad, lo obligó a informarse mejor en materia de tormentas asesinas.

Antes de terminar deseo hacer una confesión: Héctor y Monsi son testigos de que muchas veces quise añadir mis pasos a una de sus expediciones. Por angas o mangas eso no se dio jamás, y ahora es demasiado tarde para hacerlo, pues la sola idea de quedar a merced de los elementos, de errar por el monte, de sufrir insolaciones y picaduras, me inhibe por completo. En este momento de mi vida ya no estoy para buscar ruido al chicharrón, así que me he conformado con leer cada aventura en las páginas de *Nomádica* y ahora aquí, en varias de sus crónicas atinadamente reunidas en este libro.

Espero que, como a mí, cada tranco de esta peculiar y múltiple andanza apunte para todos una linterna hacia lo más importante: el respeto y el asombro que nos merece la naturaleza y, de refilón, el respeto y el asombro que nos merecen los dos locos de *Nomádica* que no se han cansado de escribirla y de fotografiarla para nosotros.

Comarca Lagunera, 28, junio y 2015



## Espejismos

HÉCTOR ESPARZA

U ntados en la delgada sombra que proyectaba un tanque de fierro en el corazón de la reserva de la biosfera de Mapimí —la única capaz de guarecernos en la también llamada Zona del Silencio— soñábamos con la creación de un medio donde pudieran alojarse las historias rurales de nuestra tierra. Un libro, una edición única impresa en papel estraza, gemela del exitoso *Libro Vaquero* fue el primer espejismo que dibujaron las nubes sobre nuestras caras. Las abejas amontonadas en el reservorio de agua en donde nos recargábamos no disiparon el anhelo que se modificó una vez hidratado el proyecto.

¿Y por qué no mejor una revista? Fue la alternativa que ofreció Álvaro González, nuestro jefe de entonces en la *Revista de Coahuila*.

Fenecía el siglo XX cuando emprendimos la aventura de concretar una publicación arriesgando nuestro capital; el fracaso del primer intento ya lo veía venir Monsiváis, fue el único que supo descifrar la quimera. En 1999 la edición cero se fue al congelador dejándonos un

sillón, un escritorio y algunas deudas con los acreedores. En el 2002 retomamos el proyecto con la única meta de editar seis ejemplares en un año sin aspirar al beneficio económico. Al momento de la edición de este libro han pasado quince años, 88 ediciones de *Nomádica*... seguimos sin obtener utilidades económicas envidiables pero sí con la capacidad para mantener el sueño.

En esta ocasión, por el empuje de Graciela Álvarez Rodríguez y con el apoyo del Teatro Isauro Martínez y la Universidad Iberoamericana Torreón, se materializa otra de las ilusiones de *Nomádica*: la impresión de un libro que reúne algunas crónicas de nuestras andanzas por los territorios de Coahuila y Durango.

*Nómadas de papel* exhibe nuestras impericias al momento de realizar los reportajes. Burlarnos de nosotros es un imperativo, hacer malabares con la literatura es un deseo. Principalmente el objetivo se mantiene: escribir acerca de la riqueza cultural, histórica y natural de nuestra tierra y su gente.

Las crónicas fueron revisadas —otra vez— para esta publicación. Se omiten algunos créditos para no ser repetitivos, como el de Coordinador Editorial que ostenta Armando Monsiváis —incluso su nombre dio paso a su mote artístico: Monsi—, así como el de *Nomádica*, la que a fin de cuentas es el epicentro de esta historia, el origen de un espejismo que se mantiene en el horizonte gracias a los lectores, a los patrocinadores y a que, sus autores, nosotros, no sabe-



mos hacer otra cosa más que salir al campo y sentarnos a contemplar el desierto arropados por una sombra para escribir y fotografiar lo que ocurre.

Agradecemos con cariño el apoyo de nuestras familias; ellas capotean las breves ausencias que tienen como fin realizar reportajes para la revista, aunque en el camino nos tropecemos con una jocosa anécdota que compartiremos sin rubor en este libro.



# I

*Mi optimismo me protege  
de la adversidad*





**HÉCTOR ALEJANDRO ESPARZA NIETO**





## Vivir en el Acuario (I)

**R**egresábamos de Cuatro Ciénegas de Carranza, Coahuila, por la noche, agotados, cubiertos con otra piel de sudor y polvo, con la ropa pegajosa después de tres días de andar bajo treinta y tantos grados centígrados del verano, y con el fastidio de vernos la cara por casi setenta horas continuas. Dentro del vehículo el silencio se igualaba a la oscuridad externa: llano, liso, apenas interrumpido por un comentario brevísimo o por las duras siluetas de las montañas flanqueando la carretera.

El ronroneo del motor era uniforme, la desolada recta asfaltada no exigía cambio de velocidad; las intermitentes líneas amarillas se sucedían sin novedad alguna y pasábamos a ochenta por hora el kilometraje marcado en los fantasmas de concreto: cuarenta y cinco segundos y 235 kilómetros primero; cuarenta y cinco segundos después, 234 kilómetros en seguida; cuarenta y cinco segundos más y

un kilómetro menos... viajábamos en una cápsula de agotador tedio en una noche en la que ni las estrellas lucían.

Cuando los resortes del asiento comenzaron a calar en la espalda, un destello iluminó el horizonte y nos rescató del marasmo.

Empezamos el juego de adivinanzas intentando descifrar la fuente de luz ámbar. ¿Qué poblado hay tan luminoso entre Cuatro Ciénegas y San Pedro de las Colonias capaz de abrirle un hueco a la noche?

Al acercarnos la cúpula de luz comenzó a tomar la forma de una gran nave espacial. Nos sorprendió el tramado luminoso que *aterriizó* en la entrada de Santa Teresa de Sofía, un pueblito de tierra en los límites del valle Del Hundido. Confundidos salimos del camino para acercarnos a lo que supimos qué era: una gran carpa de circo hilvanada con decenas de focos de cuarenta y cinco watts.

Gruesos cables de acero trazaron la silueta de la estructura circense. No montaron la pesada lona —lo supimos después— debido al intenso calor de la temporada.

Fue noche de función y llegamos temprano a ella. Una música estridente y aguda se repetía en los altavoces mientras el pueblo se preparaba para asistir una vez más al espectáculo.

Viejos remolques, destartalados camiones y algunos antiquísimos modelos de automóviles antes lujosos —el parque vehicular del circo— fueron acantonados en torno a la carpa de luz. Las llantas enraizadas al suelo polvoso delataban una larga estadía en el pueblo.

Entramos al foro por la puerta pese a que en cualquier flanco había acceso; allí nos recibió uno de los líderes del circo. Se trataba de un muchacho delgado y atlético, de mediana estatura; su rostro moreno y agudo apenas rozaba los veinte años. Era una de las estrellas del espectáculo: en una función se disfrazaba de Hombre Araña y, en otra, de Batman, y con esas personalidades desplegaba su magro cuerpo bajo el toldo de cielo y focos. También hacía malabares con cinco bolos de boliche y aros de madera, equilibrándose sobre una tabla apoyada en un barril acostado; subía al trapecio que pendía en el centro de la pista y se lanzaba al vacío; caminaba por un tenso alambre apenas despegado del suelo; hacía bailar a los perros y do-

maba a un oseño manco que en ese momento estaba encadenado a uno de los remolques. Eso nos contó antes de la función.

Tenía que maquillarse ya. Lo acompañamos a su estrecho y viejo remolque-casa-camerino. Acostada en un camastro dormía su hija recién nacida; era la cama donde él nació también mientras sus padres viajaban de una ranchería a otra con el circo a cuestras, cargado de historias, historias circenses que se manifestaron en cada personaje y en cada animal que conocimos durante nuestra asistencia fortuita al circo Aquario.

Noviembre/2007



## **El Aquario de Guillermo Tell (y II)**

**D**istinguimos una separación entre el público que asistió aquella noche a la función del circo Aquario. En las gradas de madera del lado izquierdo respecto a la entrada, se acomodaron los niños y las mujeres; en el otro sector, los hombres, y entre sus pies, en los peldaños, sus caguamas, la cerveza. La gente del pueblo mostró fidelidad a cada uno de los actos ofrecidos por el circo rural durante los quince días que llevaba, hasta nuestro arribo, en Santa Teresa de Sofía.

Una de las flechas de los viejos remolques se cansó de tanto andar, y durante el tiempo que tardó la reparación las familias circenses se encontraron en el caserío de adobes. Aquario es el resultado del matrimonio de un par de jóvenes acróbatas, independizados del circo de sus padres. Ese verano el encuentro de las familias de cirqueros cambió la rutina de los habitantes de Santa Teresa durante las noches cálidas de Cuatro Ciénegas, Coahuila.

El pueblo se halla a sesenta kilómetros de la cabecera municipal, no rebasa los trescientos habitantes y su actividad primordial es la agricultura. Su gente es curiosa y amable. En otra ocasión que salimos del camino, las mujeres y los niños fueron a recibirnos, creían que vendíamos ropa o abarrotes, y aún después de la aclaración platicamos sobre la vida en el lugar.

Aquella noche de circo caminamos por la periferia de la carpa trazada con luz. El oseño manco chilló durante el tiempo que estuvimos allí, se balanceaba sobre sus patas traseras frente al trío de perros que le arrancaron su garra; los canes también eran protagonistas en varias de las suertes: bailaban erguidos con sus cuellos adornados con holanes y saltaban a través de un aro. Al terminar el acto perruno los amarraban junto al cachorro de oso negro al que le arrancaron una mano.

Más adelante un mono araña encadenado a una estructura de fierro se lanzaba sobre los niños que le observaban: se impulsaba apoyado del tubo que le servía de percha, brincaba plegando su nariz, con sus agudos colmillos y sus garras por delante; antes de tocar el rostro de alguno de los curiosos la cadena se tensaba jalándolo del cuello. El primate caía al suelo polvoriento una y otra vez. Les parecía simpático. Para mí, el chango estaba deseoso de vengar su cautiverio porque en cuanto tocaba el piso se reincorporaba e intentaba nuevamente la embestida como deseando que alguien cruzara el límite, sólo por un instante.

Siguió el camerino de uno de los payasos. Se trataba de una wagoneta del siglo pasado, color blanco, inmensa, de cinco puertas, donde vivía el comediante. Para maquillarse acondicionaba el sitio del copiloto: abría la puerta y tensaba una sábana desde la esquina

superior externa de la puerta hasta el toldo del vehículo; en la ventana colgaba un pedazo de espejo frente al cual permanecía sentado durante el maquillaje. Sólo debajo de la sábana se apreciaban los zapatotes de punta abultada, y sobre ella el mechón desparpajado de la peluca.

El espectáculo estaba tras bambalinas. La vida de los nómadas, viviendo de su histrionismo, resultaba apetitosa para nuestra agenda periodística; decidimos abordar el tema y seguimos visitando circos rurales, hasta que, en otro de ellos, ya al atardecer, el protagonista insistía en mostrarnos su nuevo acto de Guillermo Tell apuntando a la cabeza de su esposa que equilibraba una manzana. Seríamos los primeros en verlo. El arco y las flechas eran auténticas al igual que nuestra sorpresa y prudencia al optar, mejor, por regresar cuando hubiera ensayado lo suficiente como para disparar contra su mujer y atinar a la fruta.

Enero/2008



**“Ustedes se van, ¿y yo? ¡Yo me queeedo!”**

**E**l panteón de San Antonio, en Parras de las Fuentes, Coahuila, fundado en 1825, es quizá uno de los más antiguos del norte de México. Y uno de los más descuidados. Su barda perimetral de tierra apenas se mantiene en pie. Lo peor es la profanación de los sepulcros. Los huesos humanos regados por doquier se confundían entre las yerbas crecidas; unos pocos mausoleos reciben atención de sus allegados.

Acudimos al cementerio hace un par de años, durante el verano, tras la leyenda de Leonardo Zuloaga, el hacendado a quien le atribuyen la fundación de Torreón. Su cripta, por la envergadura del personaje, debería ser notoria entre las demás de San Antonio.

La necrópolis municipal se halla al poniente del Pueblo Mágico; Monsi estacionó la Combi a varios metros de distancia del portón de entrada, ante el cual se ensancha un poco la calle, para evitar colisiones con otros vehículos. Me adelanté a la familia Monsiváis —Ana María, Miguel Ángel y Monsi— en un intento por “enfrentar y conocer” antes que ellos los misterios y detalles del antiquísimo camposanto. Porque ¿quién se ha resistido a deambular por un pantéon ausente de almas encarnadas?

El recibimiento fue escatológico: tras el pórtico, bajo un pinabete de la entrada, un hombre defecaba. Nos miramos un instante y algo alcanzó a decir, algo así como “pásame el papel”. No quise estar frente a él y regresé para dar la noticia que al parecer no se entendió porque la familia Monsiváis avanzó con la pausa necesaria como para no ver esa imagen.

Aun así entramos al camposanto. Los altos sepulcros contrastaban con las escasas sepulturas resaltando las diferencias de clase entre los muertos: aquéllos están contruidos con adobe y fachada de mármol o yeso; en sus frisos se leen apellidos extranjeros y de alcurnia. Por el contrario, las tumbas abandonadas de adobe son apenas montículos de tierra con una cruz sin nombre o apellido que perduren en el tiempo.

Tomábamos fotografías de esta *ciudad* de “todos los dioses” cuando se escuchó la voz de Ana María que discutía con el hombre de la entrada. Monsiváis se apuró a confrontarlo, y fue cuando intervine.

—¡Quién sabe qué quiere! —dijo el desesperado fotógrafo.

—Yo me encargo —expresé seguro y con calma—; mientras, ustedes vayan a la salida.

—¡Por eso! ¡Ustedes se van! —espetaba el viejo de piel morena y sucia.

—¿Cuál es el problema? Sólo estamos tomando fotografías de las tumbas —argumenté.

—¡Por eso! ¿Y yo?, ¿y yo?

—¿Usted quién es?

—¡Por eeeso!

—¿Qué desea? ¿Un permiso? ¿Quién es usted?

—¡Por eeeso! ¡Ustedes se van!

Fue tan insistente en su “por eso, ustedes se van ¿y yo?, ¿y yo? Yo me quedo”, que caí fácilmente en una discusión sin sentido:

—¡Debería cuidar las tumbas!

—¡Por esooo!..

—Este panteón es patrimonio histórico.

—¡Ustedes se van! ¿Y yo?..

Mantuve este diálogo de sordos en tanto caminaba rumbo a la salida del panteón. Algunos vecinos del camposanto se divertían con la discusión a media calle, seguramente conocían al personaje. Esperé con ansiedad el arribo del vehículo, pero en lo que Armando llegaba a la Combi, abría las puertas, se despojaba del equipo y de su chaleco, se acomodaba el cinturón y los anteojos, confirmaba la posición de los espejos retrovisores, encendía el motor y arrancaba, seguía el escupitajo de frases.

—¡Por eeeso! ¿Ustedes se van? ¡¿Y yo?! ¡¿Y yo?!

Los argumentos se me agotaron. Por fortuna la Combi llegó y subí arrastrando tras de mí el ineluctable vaticinio del cancerbero de la necrópolis: nosotros nos fuimos, y él, y él... él se quedó.

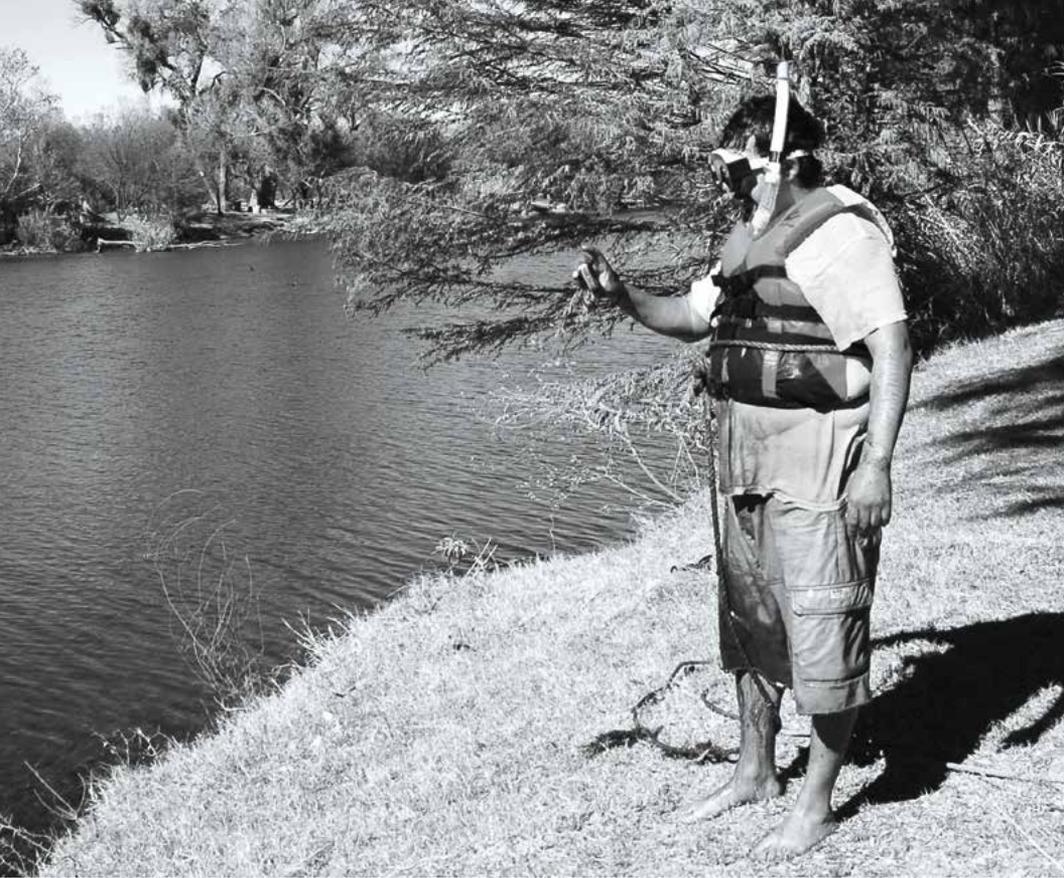
Marzo/2008

## ...y nos dieron calabazas

Entre las habilidades que les atribuyen a los nómadas que habitaron La Laguna está la de camuflarse con una calabaza para atrapar patos. Esto ocurría en las madrugadas, “nadando llegaban a donde estaban los patos acostumbrados a ver guajes, los tomaban de las patas, los sumergían y los mataban y seguían cazando porque las aves no se espantaban”, cuentan que narró el sacerdote católico Pérez de Ribas (*La antigua Laguna*, Alfonso Porfirio Hernández, edición del autor, Torreón, 2001). Esta versión se institucionalizó a tal grado que en la página oficial del ayuntamiento de Torreón se leía: en las calabazas “hacían horadaciones a fin de colocarlas sobre su cabeza para luego introducirse en las aguas quietas de ríos y lagunas, para capturar patos a los que se acercaban sin que las aves recelaran, pues no veían nada extraño a su alrededor, salvo calabazas flotantes. Los nativos se aproximaban y tomaban a las aves por las patas, mientras nadaban” (se leyó en el portal de internet del ayuntamiento en el año 2001). Incluso en el mural de Alfonso Ruiz Vela pintado en las paredes de la extinta presidencia municipal de Torreón, se recreaba a un indio con un tocado de pato en la testa (la sede donde se hallaba la pintura fue derrumbada para dar paso al actual edificio municipal, y la obra de Ruiz Vela trasladada al Museo del Algodón ubicado en el corazón del mercado Alianza).

Ante estos elementos decidimos encarnar a los cazadores de antaño. Durante dos años planeamos un experimento para “cazar” patos con una calabaza en la cabeza. Estudiamos los periodos en que maduran estos frutos, registramos la época en la que los plumíferos migran a los ríos Nazas y Aguanaval, consideramos el tiempo en que las aguas del primero están quietas para poder nadar en ellas y concluimos que el intento debía darse durante el invierno.

Compramos cuatro grandes calabazas, y agujeramos dos. El relleno lo cocinamos como mermelada y la cáscara la pusimos a secar con resultados negativos: el fruto se arrugó y encogió tanto que fue imposible meter la cabeza en él. No importó, podríamos intentar lle-



gar a los patos buceando y, en lugar de jalarles las patas, fotografiarlos con una pequeña cámara acuática.

Nos equipamos con visores submarinos y respiradores tubulares; cargamos con chalecos salvavidas y con la cámara fotográfica; para el 7 de enero de 2008 nos enfilamos rumbo al río Nazas. En uno de los esteros encontramos a los plumíferos. Armando Monsiváis me lanzó el reto y, confiado, pero sobre todo emocionado por intentar fotografiar a un pato nadando, le dije que sí, que era el momento de probar lo dicho respecto a los antiguos laguneros. Ya veía yo en portada mi fotografía de las patas de un pato bajo el agua del Nazas, o tal vez el pato completo sumergiéndose, o su cabeza bajo el agua...

En lugar de nahuilla me puse un pantalón corto que sujeté con mi cinturón de cuero, debajo del chaleco salvavidas de color naranja dejé una playera blanca, en la mano derecha colgué la cámara. Calcé huaraches de hule por aquello de los vidrios o latas en el fondo, y a

mi cintura até una sogá que Monsiváis sujetó por el otro extremo. Y en lugar de calabaza, visor y respirador.

Al primer paso en la ribera me hundí más de medio metro. El cieno me atrapó y para salir tuve que hacer un gran esfuerzo ya que los huaraches se convirtieron en ancla. Me libré y arrojé las sandalias fuera del agua, la que por cierto era muy fría.

Regulé mi respiración, hice ejercicios: respira despacio, ahora exhala... respira despacio... me concentré. Coloqué frente a mis ojos el visor y ajusté a la boca el tubo respirador. Jalaba aire despacio, muy despacio, luego lo echaba por el mismo conducto. Levanté la mano izquierda y con el pulgar arriba indiqué a Monsiváis que estaba listo para la inmersión.

Y me lancé al Nazas. El brinco apenas rebasó el medio metro, no pude avanzar más, en segundos sentí lo helado del agua —quince grados, medimos después— la respiración se agitó sin que pudiera controlarla y por más esfuerzo que hice para concentrarme, no lo logré. Prácticamente salté a los veinte segundos de estar en el río: “¡Sácame! ¡Sácame! ¡El agua está heladísima!”, supliqué a Monsiváis, quien jaló la cuerda para acabar con el intento.

“Ni los que pescan con arpón se meten al río en invierno”, me dijeron después. Hasta ahora no hemos planteado repetir el experimento; mejor que siga el mito, creo que resulta más atractivo.

Mayo/2008



## Alucinaciones en el Cañón de la Lima

No he tenido hasta ahora un momento igual de vergonzante como el vivido en el Cañón de la Lima, al sur de la ciudad de Parras de la Fuente, Coahuila. Durante aquella noche vieja del 2007 los tropiezos se sumaron desde la instalación del campamento: lo montamos sobre la arena, dentro del cañón, y las corrientes de aire desarmaron una y más veces la casa de campaña durante la noche; mayor vergüenza experimenté durante el paso estrecho entre las montañas parrenses al día siguiente.

La noche anterior se había quedado con los brindis, la despedida del año viejo y con las brasas apaciguadas. El nuevo debía iniciar

con una aventura, por lo que nos preparamos para caminar entre el Cañón de la Lima, uno de los atractivos turísticos donde se promueve la escalada en roca, el *rapel* y el senderismo como actividades sobresalientes.

Con el equipo a cuestas iniciamos el paseo. El día era fresco y algunas charcas probaban nuestra destreza para encontrar el sendero firme y seco. En la primera fase la caminata transcurrió sin sobresaltos. Me separé de Armando Monsiváis, quien cargaba el equipo fotográfico, y a través de los radios portátiles mantuvimos comunicación sobre las condiciones del camino.

El Cañón de la Lima es una formación de roca caliza por donde transcurre el arroyo del Ojo de Agua, aquel que en agosto del 2006 creciera inundando un sector de la ciudad y cobrando la vida de una persona. Ahora se hallaba en calma, sus charcas acaso tenían medio metro de profundidad, aunque su temperatura seguramente sí era baja.

Los diálogos por radio nos hacían parecer exploradores intrépidos:

—¡Teestoy perdiendo de vista! —se escuchó la voz de alerta de Armando Monsiváis, a la zaga—. Cambio.

—El camino se vuelve más estrecho. Cambio.

—Las rocas son muy agudas, filosas. Cambio.

—...y resbaladizo. Cambio.

—¡No encuentro la senda! Cambio.

En eso estábamos, alimentando nuestra aventura, hasta que un estruendo grave retumbó detrás de nosotros, y antes de que se apagara, surgió otro tronido.

—¡Están disparando! ¡Son disparos! —grité sin activar el intercomunicador.

—¡No te alejes! ¡Replégate!

—¡No disparen! ¡No disparen! —insistí entre rabioso y lleno de temor. Rabioso porque pensé que se trataba de cazadores y temeroso por la posibilidad de que una bala nos alcanzara.

—¡A la pared! ¡A la pared!

El sonido de una tercera detonación pasó por encima de nosotros. Enseguida un silencio con olor a pólvora se coló en la nariz.

—¡Monsiváis! ¿¡Estás bien!?! —lancé por la radio y sólo escuché como respuesta el resuello de mi compañero. No tuve tiempo de reflexionar sobre su silencio porque en instantes escuché pasos sobre los matacanes.

En ese momento mi sorpresa fue mayor. Recargado de espaldas a una gran roca, con los brazos extendidos en cruz y las palmas sobre la superficie lisa, miré a los dueños de los pasos: eran un par de niños que detonaban palomitas de pólvora y estridentes carcajadas. Detrás de ellos una tercia de jovencitas en mangas de playera brincaban como cabras de piedra en piedra sobre los charcos. Les siguieron sus madres, una de ellas calzaba zapatos de tacón y enredaba con sus brazos desnudos a un crío de meses. Hasta atrás iba el abuelo, quien sí se resbaló y cayó de rodillas sobre las piedras de canto rodado. ¡Claro que le dolió! Su mueca reveló la imprudencia de usar zapatos de vestir con suela de vaqueta para caminar sobre las piedras recubiertas por lama.

Cuando pasaron los padres de familia con cervezas en las manos la comunicación por la radio se restableció:

—¿Qué, don Héctor, nos regresamos? —consultó Monsiváis.

—Sí. Ahí voy —acepté con desánimo.

Caminé contracorriente de la familia parrense que penetró el Cañón de la Lima al inicio de aquel año. Durante el retorno intentamos desacreditar todo aquello que supiera a deporte extremo: que el escalador estaba a un metro del suelo durante la foto, que los rápidos de los ríos no lo eran tanto, que los *yiperos* nomás exploran las ciudades.

Ya habíamos olvidado el capítulo, hasta ahora, frente a la necesidad de expiarlo, y es que puede resultar penoso despertar la imaginación después de los cuarenta.

Julio/2008



## Lápiz labial para los desfallecidos

Creo en la educación vivencial como el método más certero para acercarnos al conocimiento. Aunque no la experimenté como alumno, pretendo implementarla como profesor universitario. Por esto decidí viajar al territorio de Viesca, Coahuila, con mis alumnos de periodismo: visitaríamos primero el poblado de Venustiano Carranza, donde los recuerdos y las ruinas de la hacienda de Hornos se resisten a desaparecer totalmente; frente a ellas se levanta imperturbable la vetusta iglesia de Santa Ana. Carranza es un pueblo míserimo que vive de la elaboración de carbón de mezquite, y que al paso del río Aguanaval queda más aislado que como lo estaba hace trescientos años. El segundo sitio de visita sería las dunas de Bilbao, nicho de la lagartija “nadadora”, única en la región; escenario de filmes diversos y objetivo de motociclistas. Después conoceríamos los despojos de la fábrica de sal y al final del día estaríamos en la cabecera del municipio, Viesca, para conocer su pasado hidratado por balnearios que parecían eternos y para dar cuenta también de la colonización encabezada por tlaxcaltecas y españoles, todo para que, con esta vivencia nunca antes experimentada por mis participantes académicos, aplicar algunos de los métodos de la investigación periodística.

Por la mañana arribamos a Venustiano Carranza. Estacionamos la camioneta en que viajamos frente a las que fueron oficinas administrativas de la hacienda de Hornos. Nos dividimos en tres grupos para recorrer el poblado y entrevistar a la gente: las muchachas irían juntas, los muchachos por su lado, y el profe solo. Así salimos por rumbos diversos; los chicos visitaron la escuela, platicaron con los viejos y grabaron imágenes de la hacienda y la iglesia. Yo quedé atrapado con los relatos de los carboneros a las afueras del poblado, y las chicas... esperaban a bordo del vehículo.

—¿Qué pasó? ¿A dónde fueron? ¿A quién entrevistaron?

Detrás de una *Tv y Novelas* sujeta con ambas manos, abierta frente a un jovial rostro, la respuesta se lanzó como una daga filosa y certera: “¡Ay profe, aquí está muy aburrido! ¡No hay nada que ha-

cer!”. Argumenté, azorado, lo que antes había contado en clase más de una vez: “¡Es que estamos en la cuna económica de La Laguna! ¡Donde se establecieron los primeros poblados coloniales! ¡Ejemplo de lo que nos pasará!”. Como respuesta la chica cambió de página sin que su rostro apareciera encima de la revista.

Bien, vamos a realizar *periodismo de aventura*. ¡Rumbo a las dunas! El cambio despertó a los jóvenes y los montones de arena los remitieron a su infancia cercana. Pronto me di cuenta de que mis recomendaciones sobre el calzado y el vestido fueron olvidadas en el salón de clase. Las elegantes zapatillas se enterraron en la fina arena y las mangas cortas expusieron sus lozanas pieles al implacable sol del verano del 2008; hubo que distribuir sombreros y gorras —llevé más de una— así como botellas de agua.

A los cien metros de caminata el calor pasó factura. Otra de las alumnas, de piel blanca untada a los huesos, desfalleció víctima de la insolación; pese a que era la mejor protegida, su frágil cuerpo estuvo a punto de caer de sopetón...

—¡Ricardo! Cerciórate de que no haya serpientes de cascabel debajo de ese arbusto —mandé.

Ricardo, a la distancia, lanzó piedrecillas para cumplir la orden. Pronto el resto del grupo hizo ronda en torno a la víctima, y no faltó quien sugiriera que la despojáramos de camisa y gorra. ¡Atrás! Ordené y pedí agua o refresco... nadie respondió; solicité una golosina, un dulce, y el silencio prevaleció. Aún flácida, la chica insolada logró reincorporarse y sus compañeros empezaron a abanicar frente a su rostro lívido. Fue cuando, de entre la expectativa por la adversidad, apareció la voz fresca como una brisa de la lectora de *Tv* y *Novelas* para convidar sin rubor: “¿Alguien quiere *lipstick*?”.

—¿Cómo?

—Pues como dijo que algo dulce, el *lipstick* está dulce —y para corroborarlo lo frotó sobre sus labios carnosos un par de veces, luego los apretó para confirmar el sabor y extendió el tubito color rosa ofreciéndolo a los demás...

Logramos regresar a la camioneta sin saldo negativo. Bajo la sombra de unos pinabets, de sus mochilas los muchachos sacaron

refrescos, agua, golosinas y lonches. “Regresemos a la escuela”, dispuse antes de que, entonces sí, pasara una tragedia.

La clase terminó. Por supuesto que la chica *Tv y Novelas* pasó el curso, cómo podría reprobár a alguien que pone un toque de belleza ante la adversidad, y si no, para eso está el *lipstick*.

Enero/2009



## Desde el más allá, Elpidio siempre vuelve

**E**n tres ocasiones hemos matado a Elpidio Luna Mata. Sus arrugas son más viejas que él: son profundas y áridas zanjas des pobladas de vellos y tostadas por el sol de todos los días. Protegía su rostro bajo un sombrero de paja y tenía clavada la barbilla contra su huesudo pecho al encontrarlo en la orilla del camino.

Elpidio Luna Mata yacía en Competencia, bajo una buganvilia que le dejaba caer con suavidad una lluvia de flores rosas. Su tálamo era de pétalos y las sábanas de viento nuevo de la mañana. No respiraba. No se movía. Y las ansiosas moscas que traía en los bolsillos del pantalón salían para besarlo en la boca.

Pasamos frente a él rompiendo el silencio del pueblo con el gruñido del motor. Lo contemplamos profundamente pretendiendo jalar de sus pulmones un halo de vida.

Deseé colarme con la mirada hasta su rostro amurallado por los brazos enroscados y flacos. Sus pies, enclenques, desnudos de calcetines, se acomodaban uno sobre el otro y su vientre se anunciaba petrificado detrás de una sucia camisa de poliéster.

—Está muerto —diagnostiqué después del escrutinio visual.

Llegamos a Competencia una mañana de martes. El ejido con casas de adobe echó raíces al norte del municipio de Gómez Palacio, Durango, a trece kilómetros de la ciudad. Serán acaso ciento cincuenta casas y una población que no supera las seiscientas personas las que dan vida a Competencia. Al pueblo le flanquean tres estaciones de gas, una moderna agencia de automóviles Volvo y establos lecheros; y en su vientre sobreviven a la falta de niños dos escuelas de educación básica.

Antes de atrevernos a bajar del vehículo intentamos alcanzar a un campesino que apareció al final de la única calle pavimentada para corroborar o desechar mi dicho, pero en un descuido desapareció por uno de los callejones. Una mujer fuerte, de brazos gruesos que hablaba con una cálida estridencia (y quien me reveló el nombre del viejo) me acompañó rumbo al lecho de Elpidio.

—Ya lo han matado dos veces —me dijo.

—¿Cómo?

—Andaba en la pizca de melón, por allá lo encontraron tirado —estiró el brazo hacia el norte—. Salió en el periódico, su foto y todo: “Elpidio Luna Mata está muerto”, decía. Desapareció el viejito, es de Lagos de Moreno, Jalisco, pero luego apareció como si nada.

Otra vez, igual, también apareció en el periódico: “Murió”. Anoche estaba cantando, ¿verdad, viejo?

La mujer se acercó al cuerpo, se agachó y preguntó:

—¡Mata! ¿Estás vivo? ¡Mata!

La pausa que siguió me parecía un recado de la muerte.

—¡Mata! ¿Vives?

Y entonces un gruñido le devolvió el alma a las arrugas.

—Eeehhh.

—Ah, estás vivo, ¿verdad? ¡Hazte más pa’la sombra, te vas a ahogar con el sol! Ahí está tu chingado alcohol.

—Eeehhh aaahhh borracho —dijo Elpidio alcanzando una botella de refresco que contenía un trago de alcohol mezclado con agua.

Sin quererlo, yo había matado por tercera vez a Elpidio, el de Lagos de Moreno. Al salir de Competencia no supe si alguien llevó

al viejo a la sombra de enfrente, bajo un eucalipto, o si por su propio pie cruzó la calle. Lo que sí es que Elpidio de noche es Luna, y de día concilia un sueño que raya en la muerte.

Marzo/2009

## *Barbie en Sierra Mojada*

La broma no le causó gracia a Ana. Me miró con unos ojos que pasaron en instantes del enojo al desconsuelo. Entrecerró los párpados para concentrar su fuerza en el llanto que me golpeó el ánimo, justo al centro de la panza. Los adultos rieron pero Ana no. Lloró y lloró, se dio media vuelta para entrar corriendo a su casa, haciendo revolotear con su dolor las cortinas detrás de ella. Desde el fondo del oscuro pasillo el lamento magnificaba mi vergüenza.

“¿De quién son estas papitas? Me las voy a comer”. Amenacé con esa conocida voz de idiota con la que hablamos a los niños, sabiendo que las frituras pertenecían a la pequeña de cuatro años. No me permitió explicar: levantó su tierno rostro, sobreabrió los redondos y negros ojos, los dedos de las manos los anudó frente a su pecho; sorprendida movió de un lado a otro la cabeza hasta que su mandíbula se fue apretando. El rictus nació... llanto, angustia, impotencia. Y quedé de una pieza, apenado.

Esa noche sin luna, de año viejo, la oscuridad cobijaba a Sierra Mojada al oeste de Coahuila en la región desierto. Sus calles desamparadas de peatones se diluían en el horizonte y los arbotantes abrían boquetes de luz en la negrura. Sierra Mojada de noche no cambia.



Es la misma ciudad desolada, de calles limpias y alineadas; de casas grandes, con amplios cuartos, y vacías.

Miré en torno sin saber aún qué buscar para resarcir la pena causada a Ana, y una de las luminarias públicas intensificó su luz sobre una tienda. Había costales con harina, maíz y frijol; vendían leche, huevo, galletas; algunas verduras como tomate y cebolla, pero nada que pudiera alegrar a una niña.

Allí me indicaron que cuadras más arriba —al sur de la ciudad— podría encontrar un negocio de juguetes. Trepé a la camioneta para salvar tiempo. Tomé la calle principal, es el camino que apunta a la montaña que dio nombre al municipio, la Sierra Mojada; llegué a las afueras del pueblo y no encontré nada; regresé por otra de las vías. En una de las esquinas me detuve para buscar algún indicio de la dirección y me sorprendió que en esa cuadra la luz de los arbotantes quedara suspendida, flotando, sin tocar el dintel de las puertas de madera vieja que se sucedían hasta el final de la manzana. Bajé del vehículo y, en esa misma esquina, adelanté la mirada para cerciorarme de lo que estoy contando, cuando una voz de mujer me sacudió:

—Señor, nada más me queda una muñeca, pero está apartada.

—¡Véndamela, por favor! —fue mi ruego instintivo.

—Pase.

Entré a la casa profusamente iluminada, con breves repisas clavadas a la pared y cubiertas con juguetes para niños, no para niñas. Logré persuadir a la mujer para que me vendiera una muñeca delgada, de plástico rosa y larga cabellera amarilla. Veinte pesos me pidió por la *Barbie* aprisionada en su cajita de cartón. Aligeré el regreso y por el retrovisor vi cómo fue menguando la luz que dejaba atrás.

Ana tomó la muñeca y me miró por un instante con expresión amable y tímida. Otra vez se dio la vuelta y entró a su casa, sólo que en silencio y con paso alegre, con el juguete abrazado.

Cuando conté a mis compañeros el itinerario en busca de la tienda me hicieron notar el surrealismo de la historia. ¿De dónde surgió la juguetería, si no miré negocio alguno? ¿Cómo sabía la mujer lo

que yo buscaba? Y, sobre todo, ¿por qué me vendió la muñeca en veinte pesos, justo lo que cargaba en la bolsa?

Mayo/2009



## “Adiós, rancho de mis abuelos”

**E**stación Otto, creemos, fue el primer pueblo del siglo XXI al que *se lo llevó el tren*. Fundado en la primera mitad del siglo pasado a orillas de la vía del entonces Ferrocarril Central Mexicano, aún palpitaba bajo el sol de Jimulco, al suroeste de Torreón, cuando lo caminamos una mañana de marzo, en el 2000.

En aquellos días del nuevo siglo sus casas de adobe encalado destellaban y desde la carretera presentimos la calidez de sus habitantes caminando frente a un par de vagones de acero desvencijados. Los sentidos nos engañaron porque no fue así. Aquellos despojos del ferrocarril hundidos entre la yerba crecida anunciaban el desalojo de la villa que, de acuerdo a los testimonios, albergó a gente tenaz que fincó sus esperanzas primero en la minería, después en la agricultura de temporal y, por último, ya en la agonía, en el comercio establecido con los viajantes. Y fue la ausencia de pasajeros lo que aniquiló al blanquísimo pueblo.

En 1995, cuando en Coahuila se contabilizaban cerca de cinco mil comunidades rurales, la mayoría usuarias del tren, se impuso

desde la cúpula del gobierno federal la modificación al artículo 28 constitucional que determinaba la operación estatal de Ferrocarriles Nacionales de México. Los ferrocarriles, después de setenta años de administración pública, pasaron a manos de particulares en 1997. Y con ello la desaparición de una alternativa de comunicación de los pueblos rurales de México.

Venustiano Carranza, El Oro y Otto son sólo tres —en Coahuila— de las dos mil setecientas estaciones en el país que se quedaron sin tren de pasajeros y de las cuales constatamos su abandono.

A través del tren llegaron miles de peones a la zona agrícola de la Comarca. El historiador William K. Meyers consigna en su libro *Los orígenes de la Comarca Lagunera* que “entre 1880 y 1910, la población rural residente en La Laguna aumentó de menos de 50 mil a más de 200 mil trabajadores desposeídos y no especializados”. Entre ellos, los primeros habitantes de Otto que, paradójicamente, se fueron también a causa del ferrocarril.

Nos bajamos del vehículo en las afueras de Otto. Armando Monsiváis tomó una de las calles de tierra y yo caminé por otro rumbo aún con la certeza de encontrarme con algún poblador.

Un reguero de ropa, un par zapatos de niña y un retrato tal vez de la dueña del calzado suponían una salida intempestiva del case-río. Al final de la hilera estaba tirado el baúl abierto con más ropa e imágenes brillantes de fiestas y pasajes familiares. Posiblemente lo habían dejado para volver más tarde por él y un depredador se adelantó para saquear los despojos.

Las bardas en pie del pueblo ocultaban algunos techos pulverizados de los que se habían extraído las vigas de madera. Una de las casas parecía abandonada con el fogón aún encendido: conservaba su techo y en las paredes colgaban un calendario de la época, imágenes religiosas y un espejo. Allí encontramos otro viejo baúl vacío y cerrado. Las cenizas de la hoguera, el espejo, el calendario y la maleta suponían el retorno del morador, pero la puerta principal ya no estaba.

Frente a la vía, en ruinas, hallamos lo que pudo ser la residencia del último capataz de la mina de San José de Alférez, de donde se

extraño cobre. Resaltaba de las demás casas por sus baños cubiertos con mosaico azul, por la fosa para la alberca cavada al frente, y por un mural que representaba la sierra de Jimulco, su flora y su fauna, pintado al costado de la chimenea.

Ya no había nadie. Sorprendían los rastros que esbozaban más una huida que un abandono paulatino.

Aún así, Otto palpitaba.

Monsiváis me guió hacia el frente de lo que fue una miscelánea (en la fachada permanecían clavados letreros de refrescos y frituras), levantó el brazo derecho y con el índice fue recorriendo a la distancia cada una de las palabras del epitafio de Otto arañado en la cal untada a la tienda: “Adiós, rancho de mis abuelos. Domingo 23/1/2000”.

Y entonces Estación Otto dejó de respirar.

Buscamos a sus pobladores, pero algunos se mudaron a los pueblos cercanos: La Flor, Jimulco, Juan Eugenio, éste a doce kilómetros; otros migraron a Torreón, a más de ciento veinte kilómetros. Al tiempo regresaron por los despojos.

En Coahuila se cuentan 72 comunidades a cuyo nombre antecede la palabra “Estación”, como Estación Otto; que vivieron de los pasajeros del ferrocarril; luego entonces, podríamos repetir esta historia setenta y dos veces más.

Atrás dejamos el caserío abandonado, consecuencia de una decisión tomada desde el gobierno federal.

Julio/2009



## Tormento alado

**N**unca antes habíamos estado en un lugar que rindiera honor con tanta certeza a su nombre como lo es Mala Noche. Un voraz insecto seguramente fue quien propició el término.

Se trata de una zona enclavada en San Pedro de las Colonias, Coahuila, al pie del pico de los Alameños en la sierra El Negro o Mesa Redonda. Es una playa en la orilla norte de la reseca y blanquísima Laguna de Mayrán.

Algunas referencias en internet indican que es una localidad y que su nombre completo es Mala Noche de Arracadas, donde habitan 77 personas, y que se halla a 1090 metros sobre el nivel del mar. Nosotros fuimos hace un lustro y el último poblado que divisamos fue Estación Talía; pasando este caserío no encontramos a nadie más. Nos desviamos hacia el poniente bordeando la serranía ya que nuestro objetivo fue el cerro de la Jococa, donde se preservan petrograbados nómadas.

Acudimos al territorio de Mala Noche en compañía de los incansables Rufino Rodríguez y José Ventura, exploradores saltillenses que deben llevar en su haber muchos más kilómetros recorridos que cualquier otro.

Tomamos un camino de caliche a partir de Talía, rumbo al norte, cruzando la planicie de Mayrán. Era verano y las lluvias dejaron someros charcos que devolvían el aliento a la laguna. El viento que soplaba fuerte ondulaba en el agua de los charcos y movía el reflejo de las nubes; al amainar, un sonido agudo rompía el silencio y la tranquilidad.

Los moyotes zumbaban fuerte. Se estrellaban en la cara, se metían bajo la camisa por el cuello, picaban incluso encima de las mangas largas. Estaban hambrientos.

Cruzamos caminando un charco para avanzar entre la laguna, lo que aproveché para embarrar mi cuerpo con lodo. Aún así los moscos buscaban una escisión, una rendija para llegar a su comida.

El piso estaba agrietado. En las aguas más someras sobresalían chipotes de tierra y las mismas grietas del fondo de la laguna se repetían en el lodo impregnado en mi piel. Por error enjuagué los brazos y las piernas despejándolos del protector natural.

Avanzamos por la planicie. “Este fue un Camino Real —nos contó Ventura—; en mapas de 1750 está marcado como la ruta de San Pedro a Mala Noche y hasta Cuatro Ciénegas... estamos en uno de los vasos profundos de la Laguna de Mayrán. Es el único camino de acceso a la Jococa, lo que estamos buscando”.

Pero el lodo impidió que siguiéramos, por lo que se tomó la decisión de acampar al pie de la serranía.

Descansamos. El viento seguía soplando, suponía que así seguiría toda la noche, aunque Rufino recogió boñiga de vaca para lanzarla a la hoguera en caso de requerirse para espantar a los mosquitos. Como Rufino y Ventura resolvieron dormir a la intemperie, opté por lo mismo y ofrecí a Monsiváis la casa de campaña.

En un instante, al llegar la noche, el viento se apaciguó, y fue entonces que los moyotes despiadados atacaron por todos los flancos, por todos.

Ventura se cubrió la cabeza con una red diseñada específicamente para evitar a los moscos, no al zumbido espeluznante, tan sonoro que el micrófono de la cámara de video lo captaba nítido. Monsiváis no dejaba de agitar un pañuelo rojo con una mano para alejarlos mientras que con la otra sostenía una taza con café. Y Rufino, en mangas de playera, no se alteraba sentado ante la fogata.

—En la cara andan, volando alrededor, pero no te pican —describía Ventura detrás de su celosía.

—Yo lo que quiero es evitar el zumbido. El puro zumbido me incomoda —revelé.

Rufino, impassible, ponía unos tamales a calentar sobre las brasas de ocotillo.

Los moyotes caminaban sobre la ropa, buscando entre los tejidos un hueco para clavarse.

—El aire ahorita ayuda —consoló Rufino.

Pero el viento ya no regresó durante toda la noche. Acostado sobre uno de los catres extendí una pesada cobija sobre mí, el calor me ahogaba, al abrir una rendija para respirar aire fresco los moyotes se colaban, ya para entonces eran enormes y sanguinarios.

Corrí a la cabina de la camioneta para resguardarme mientras los demás dormían plácidamente y sus ronquidos se mezclaban con el veloz aleteo de los insectos. Sobre el vehículo las alternativas fueron las mismas: soportar el calor o abandonarme al festín de los zancudos. Fue una mala noche.

Al amanecer seguían ahí. Al fondo de la mochila descubrí un impermeable que vestí ante las burlas del grupo, pero fue lo único que pudo contener a los mosquitos.

En el desvelo reflexioné: los moyotes deben ser almas en pena, deben ser la reencarnación de personas que hicieron el mal en vida... o simplemente, debo tener la sangre más pesada, sumamente apetitosa para los mosquitos.

Noviembre/2009



## Supergigante estelar al aterrizaje

La estrella polar del norte se mueve. Lo ha hecho desde siempre y nosotros caminamos con ella. Hace cuatro mil ochocientos años era otra la estrella que apuntaba al norte celeste: Thuban, le bautizaron al astro que en árabe significa “cabeza de serpiente”. En nuestros tiempos la que más se acerca al norte es Polaris (estrella polar) que para el año 2012 estuvo medio grado más cerca del citado punto cardinal.

La estrella polar tarda 25 mil 920 años para trazar un círculo perfecto en torno a la constelación del Dragón. Para quienes la observamos desde la Tierra parecería que siempre está ahí para orientar a los marinos y caminantes.

Para localizar al astro debemos ubicar primero el “carro” de la Osa Mayor: se trata del cúmulo de estrellas que dibujan esa figura, la de un carro romano, o de un gran cazo o un cucharón invertido. Posteriormente se hilvana una línea que une a las dos estrellas más lejanas, las que podríamos considerar como la cola de la Osa o las punteras. Si prolongamos ese trazo llegaremos a Polaris, la estrella brillante más cercana al norte. Sin embargo, Polaris no pertenece a la Osa Mayor, sino a la constelación de la Osa Menor: es parte de su cola.

Hacíamos este recuento durante un viaje de retorno desde Jimulco una noche de verano de hace varios años. En esa ocasión nos sorprendió la cantidad de serpientes de cascabel aplastadas en el camino. El tamaño de las víboras inducía a pensar que se trataba de crías: eran delgadas, pequeñas y de cascabel diminuto.

También hablábamos del verdor inusual en este territorio pálido, de tolvaneras y resequedad constantes del suroeste de Torreón, cuando pasamos al tema de los astros.

—Si camináramos de noche por el desierto, ¿cómo nos orientaríamos? —retó Armando Monsiváis tras el volante de la Combi.

Nuestros acompañantes callaron. El silencio tal vez derivó del cansancio de la jornada: habíamos caminado por La Flor de Jimulco y por Barrial de Guadalupe; estuvimos en los cañones del río

Aguanaval y subimos las laderas de los cerros calizos. O tal vez se silenciaron por aburrimiento.

—Vamos al norte —respondí sin dudarlo. Y recordé las lecciones de nuestros amigos de la Sociedad Astronómica de La Laguna, quienes aderezan cada campamento con fascinantes historias acerca de las constelaciones y sus leyendas.

Buscamos la Osa Mayor en el firmamento a través del parabrisas y la encontramos de inmediato a pesar del resplandor de la ciudad. Unimos con el índice cada uno de los siete astros de la constelación hasta llegar a las Punteras. “¡Esa debe ser la supergigante amarilla!”, aseveré orgulloso de mi cálculo. Fue fácil localizar este astro que debe estar a unos 400 años luz de la Tierra.

Fue entonces que Monsiváis nos recetó una dosis de su enciclopédico conocimiento y, como si fuera Carl Edward Sagan, aleccionó: “La estrella polar tiene un tamaño 46 veces más grande que el de nuestro Sol. Es un tipo de estrella pulsante que cambia su brillo de una forma muy regular y periódica. Los astrónomos saben que existe una relación entre la longitud de dicho período y la emisión total de luz, y que también hay una relación entre el periodo y el radio de la estrella. Con todo ello, este astro puede ser usado como patrón para determinar distancias, ya que es más brillante...”, bueno, en realidad no lo dijo así, tal vez ni siquiera lo dijo, pero su amplio bagaje le permite recetarnos una lección cada que puede.

Lo que en seguida vimos nos dejó mudos.

La estrella parpadeaba más de lo normal y se movía a gran velocidad. Pronto nos dimos cuenta del error y mejor nos unimos al silencio de nuestros acompañantes intentando disimular nuestra pifia.

De habernos perdido en el desierto, y de haber seguido a nuestra “estrella polar”, hubiéramos llegado al aeropuerto Sarabia de Torreón, que... también está al norte.

Enero/2010



## El estropajo es para profesionales

El liderazgo de Celia López González, experta en fauna silvestre e investigadora del Instituto Politécnico Nacional en Durango, se percibe desde que se está frente a ella. Es alta y peina una larga cabellera de un negro intenso. Celia se casó con su profesión desde hace veinte años por lo menos y seguramente más de la mitad de ese tiempo lo ha vivido acampando en diferentes territorios de México, en especial de Durango. Uno de sus proyectos es corroborar la función del Cañón del Mezquital como corredor biológico, al suroeste de la entidad; para ello viaja constantemente a la sierra, territorio tepehuano, junto a su equipo de colaboradores y alumnos del Politécnico.

En la primavera del 2009 invitó al personal de *Nomádica* para conocer esta zona, a la que acudimos en compañía de otra mujer de arrestos sobresalientes: Raquel Gómez Almaraz, de origen español, entonces oficial de programa de la World Wildlife Fund (Fundación Mundial para la Vida Silvestre) en México, quien pretende sumar los esfuerzos de los duranguenses para limpiar los ríos, en especial el Mezquital.

El día de la partida ayudamos a subir el equipo de campamento, las trampas, redes y alimentos a la parte trasera de la camioneta exploradora de Celia. Ella daba órdenes a cada uno de los integrantes del grupo. Órdenes que acatamos sin respingar.

Ya en la sierra, la ponchadura de una de las llantas traseras de la camioneta de Raquel nos obligó a montar el campamento a orillas del arroyo Teabán, tributario del Mezquital.

“¿Será éste un río limpio?”, se preguntaba Raquel refiriéndose a la posibilidad de que pueblos o ciudades descargasen o no químicos y aguas negras al cauce.

Definido el sitio para levantar las casas de campaña, Celia planteó de manera clara y contundente las normas establecidas en sus excursiones: cada uno de los participantes está obligado a asumir funciones de limpieza, de cocina, de armado de casas, de recolección de basura y, sobre todo, de lavado de platos, vasos y sartenes. Al oír esto último Monsi se desmarcó y asumió el rol de vigía, se ofreció para armar las casas de campaña, para descargar la camioneta, hizo méritos para cambiar la llanta desinflada, lo que fuera, menos agarrar un estropajo para frotarlo sobre la superficie grasosa de las cacerolas y los platos.

Pero la asignación era inevitable: la primera tarde Celia y Cecilia, compañera fotógrafa, cocinaron; a la distancia Monsiváis se escondía detrás del visor de la cámara. A la mañana siguiente hubo rotación de funciones y así sucesivamente durante las dos comidas, las dos cenas y los dos desayunos.

Pero el destino es ineludible. Tocó el turno de lavar los platos al coordinador editorial de *Nomádica*. Con una repulsión evidente hacia los restos de comida, tomó el estropajo con la punta de los dedos pulgar e índice de la mano derecha y más que tallar, sacudía el estropajo encima de los trastos embarrados de grasa y otros aderezos indefinidos. En lugar de llenar una palangana con agua se acercó al río y jaló la bolsa de jabón en polvo sujetándola de una orilla. La inexperiencia en el ramo se notaba a leguas. Trataba de separarse lo más posible de las sartenes. Al sacudir la bolsa de jabón en polvo para rellenar un botecito, la tomó al revés y todo el contenido cayó

al arroyo. Sus ojos se abrieron espantados, en el cristal de sus lentes se reflejó la nata blanca, espumosa y contaminante que flotaba en el Teabán. Tomó el botecito y como balcero a punto del naufragio sacó del río el agua con jabón. Su reacción evitó que se dispersara el detergente; levantó la cara para cerciorarse de que nadie constatará su pifia y se encontró con la mirada cómplice de quien esto escribe.

Segundos después Raquel llegó al campamento con la misma inquietud del primer día: el Teabán, ¿será un río limpio? Monsiváis eludió la pregunta, agachó la cabeza y siguió frotando con el estropajo los trastes sucios del segundo desayuno, por fortuna para él, el último de la expedición.

Marzo/2010



## Los reporteros también tiemblan

“Para un reportero en una guerra, *territorio comanche* es el lugar donde el instinto dice que pares el coche y des media vuelta; donde siempre parece a punto de anochecer y caminas pegado a las paredes, hacia los tiros que suenan a lo lejos, mientras escuchas el ruido de tus pasos sobre los cristales rotos (...)”.

—Es un relato excepcional. Por la intensidad de la crónica, por la viveza de las descripciones y en especial por la vocación y entereza de los corresponsales referidos, aquellos que no pueden perderse una guerra —reseñó Armando Monsiváis, al hablar de *Territorio comanche*, una crónica de guerra del periodista español Arturo Pérez-Reverte.

—Sí... sabes, quisiera ser corresponsal de guerra —le confesé, seguro de lo que decía.

Platicábamos esto a bordo del Volkswagen sedán un verano hace diez años camino a San Pedro del Gallo, una comunidad centenaria en la región este de Durango.

San Pedro del Gallo estaba en el itinerario de una larga gira por el este y norte del estado que realizamos para elaborar reportajes sobre el abandono de los pueblos rurales. Del Gallo era un lugar idóneo para esta serie de entregas periodísticas: pese a su historia y riqueza mineral, se está quedando solo. En 1995 se contaban 2400 habitantes; una década después la población descendió a 1486 pobladores, y para este año se calcula que estén ahí poco más de mil personas.

Seguimos con la reseña del libro de guerra y con el despliegue de sueños sobre la corresponsalía en alguna de las tantas batallas en el mundo. Visité Chiapas en el 94 durante el levantamiento armado zapatista, aunque no alcancé ninguna refriega. Fui reportero policiaco en Monterrey y Torreón, pero llegaba al lugar del crimen cuando la sangre estaba seca; realicé reportajes en zonas serranas gobernadas por el crimen y nunca escuché un tiro... ahora cubría el desamparo de las comunidades del desierto, tema fundamental, aunque no tan arduo como las guerras, al menos hasta aquel momento.

Cuando arribamos a San Pedro del Gallo la escenografía era una referencia, de nuevo, al *territorio comanche*: un frío gris gobernaba en las fachadas y la calle principal estaba desolada al igual que las casas semiderrumbadas. Los techos tenían grandes huecos y yerbas creciendo en los terrones que quedaban. Las puertas tapiadas se sucedían a lo largo de las cuadras y pocos lugares vivían con la presencia de uno o dos parroquianos.

El silencio de la desolación fue disipándose con una estridencia que empezó suave a lo lejos: la música y el barullo anunciaban los festejos del 29 de junio, día de San Pedro Apóstol, día de la fiesta patronal.

Entonces recordé una visita previa a San Pedro del Gallo, el mismo día de fiesta pero años atrás.

—Dispararon cerca de mi vehículo mientras entraba al pueblo —le conté a Monsi—, la gente llevaba una semana de fiesta y unos

chavos sentados en la banqueta y armados abrieron fuego contra las llantas de mi camioneta... aquí son bravos —califiqué.

Apenas terminé de contarle cuando la música de fondo cambió por una descarga de disparos secos, contundentes, seguramente de alguna arma larga o corta, o de ambas. Detuve el Volkswagen a mitad de la calle a pesar de que la pierna me temblaba como maraca sobre el pedal del freno; metí de inmediato reversa para recomponer el rumbo hasta huir del pueblo. La noche nos siguió sin darnos alcance por la velocidad que imprimí para refugiarnos en San Luis del Cordero, un pueblo vecino y en calma. Al arribar descubrimos la oficina de una secretaría federal a la que entramos a toda prisa, despertamos al velador quien, previa presentación, nos permitió dormir en el piso.

Así, en aquella noche de aniversario de San Pedro, lejos de los balazos y de la fiesta, dormimos, y ahí murió la “corresponsalia de guerra”, recordando los relatos frescos de Pérez-Reverte sobre la descarnada guerra de Yugoslavia donde, por cierto, no se habla de aspectos ambientales.

Mayo/2010



## Alivio a cachuchazos

**M**i optimismo me protege de la adversidad. En una visita al Cañón de Fernández, en Lerdo, Durango, el río Nazas recobró su territorio gracias a las copiosas lluvias. Los caminos de terracería paralelos al río quedaron inundados y un bordo pretendía contener el agua que se filtraba por la tierra generando engañosas lagunas sobre el sendero. Detuve el Volkswagen mucho antes de los charcos (fue, simbólicamente, el final del *temerario vocho todo terreno*) y con una vara traté de medir la profundidad del estero. La intentona provocó un resbalón que me hundió hasta el centro del charco. El agua me llegó hasta las rodillas y el fango atrapó mis zapatos, las risas de los compañeros opacaron el sonido de la corriente del Nazas y no tuve más remedio que seguir reconociendo el gran charco para confirmar la severidad de la trampa: “El carro no pasa”. Un camión de tres toneladas, doble rodada, nos ayudó a cruzar el obstáculo para avanzar por el bosque de galería del cañón.

La intención del viaje fue acompañar a un grupo de alumnos de la Escuela Superior de Biología de la Universidad Juárez del Estado

de Durango en su deseo por cruzar a pie los casi catorce kilómetros del Cañón de Fernández; el automóvil apoyaría en caso de que se presentara una emergencia, pero varado fue inservible.

Sin embargo, Jorge, amigo del equipo *Nomádica*, no dudó en llevar su camioneta, incrédulo —y con razón— de que el Volkswagen repitiera las proezas pretéritas. Se sumó a la caminata dejando bajo mi responsabilidad el mueble *pick up*, doble cabina, alto y de llantas anchas que adelanté a la caravana.

Nos detuvimos a esperar al grupo en uno de los tantos parajes de altos ahuehetes. Monsi, Nancy Garay —mi pareja— y quien escribe platicamos, admiramos el río y bebimos una cerveza hasta que la necesidad de desecharla llegó. Un robusto ahuehete me ocultó de los compañeros, la quietud del lugar me llevó a descansar recargado en el tronco del árbol. Atendí los sonidos de la naturaleza: la corriente de agua rozando las ramas, como lo hacía el viento; el canto de los pájaros mezclándose en un delicado concierto y a contratiempo el zumbido de las abejas tras mi cabeza. ¡Abejas! “No te muevas”, es lo que siempre me aconsejo ante la presencia de las zumbadoras. Esperé a que el insecto terminara su participación en la tocata, sin embargo se acercó demasiado a mi cabello enmarañado atorándose sin poder librarse, no sé cómo logró colarse bajo la gorra. Sentí la desesperación de la abeja atrapada en mi testa sin lavar e, inevitablemente, clavó su aguijón. Manotee y antes de poder sacudirme con la cachucha, otra abeja me picó el dedo índice de la mano derecha. Salí corriendo hacia mis compañeros con la gorra en la mano, el cierre del pantalón abajo y pidiendo a Monsiváis su intervención: “¡Quítamela! ¡Quítamela! ¡Está en mi cabeza!”

Armando me arrebató la cachucha, levantó el brazo y lo impulsó con fuerza contra mí. Como si esperara esa oportunidad repitió el azote cada vez con mayor fuerza hasta que casi con súplicas le pedí que se detuviera:

—¡Pérate, ahí muere, ya no la traigo! —los cachuchazos me dolieron más que los piquetes.

—Es que dijiste que te pegara —argumentó mi socio, y otras versiones lo respaldaron.

Está de más decir que, nuevamente, las mofas opacaron la contemplación que hacía del paisaje.

Al día siguiente, cuando recogimos a los andarines en el pueblo de Nuevo Graseros, contiguo a la presa Francisco Zarco, regresé las llaves al dueño de la camioneta y trepé detrás sobre todas las mochilas de los campistas. Para acomodarme metí la mano derecha por la ventanilla trasera justo cuando mi pareja cerró el vidrio. Mis dedos quedaron dolorosamente prensados, con la zurda golpee desesperado la ventanilla, Jorge atendió frenando la camioneta y desde adentro hacían señas nada más. Continúe con los estridentes ademanes para que bajaran el vidrio y cuando por fin lo hicieron preguntaron, aún sin saber, qué pasaba:

—Nada... ya se me quitó el dolor de los piquetes —respondí mientras me sobaba los lastimados dedos.

Julio/2010

## Del sillón al desierto, caminantes de otro mundo

Cada vez que nos aventuramos por las brechas de Coahuila y Durango esperamos ver algún magnífico ejemplar de la fauna del semidesierto o de la montaña. Abrimos bien los ojos, volteamos a todos lados y, cuando la suerte nos favorece, logramos captar imágenes de coyotes, liebres o correcaminos.

En las andanzas por el dilatado territorio del norte hemos estado a punto de pisar víboras de cascabel, hemos escuchado el galope vigoroso de los venados que chasquean con sus pezuñas contra las piedras. Hemos andado por el camino del oso y aunque no lo vemos, percibimos su rastro.

Una madrugada de hace años por la carretera de San Pedro-Cuatro Ciénegas, las luces del vehículo iluminaron a un gato montés o tal vez lince que a mitad de la carretera atrapó su comida. Sus ojos felinos reflejaron la luz del vehículo segundos antes de sumergirse en la oscuridad.

En otra oportunidad, en la reserva de la biosfera de Mapimí hace un lustro, frente a un camión repleto de turistas europeos, pasó una familia de venados: el adulto a la cabeza con el pecho erguido, la cornamenta digna, y tras él la hembra y cuatro gráciles jóvenes.

En Sierra Mojada fotografiamos a un grupo de coyotes devorando una res atropellada e hinchada con sus patas tias extendidas hacia el cielo.

Y durante un recorrido por el territorio de Ocampo hace cinco años el avistamiento fue enigmático.

Recorrimos las brechas de este municipio por tres días; es el mayor de América Latina en extensión con una superficie de 26 mil 433 kilómetros cuadrados, equivalentes al 17.44 por ciento del total de Coahuila. Los caseríos de Acebuches, La Rosita, Eutimias, San Guillermo y San Miguel, aparecían y desaparecían después de decenas de kilómetros recorridos. Viajamos en la Combi adaptada con camas, mesa, lavamanos y guardarropa, una Westfalia clásica propiedad de Monsi, quien está orgulloso de su vehículo setentero al

grado de impedir que otras manos sujeten su volante. Sin embargo, las decenas de horas transcurridas por los caminos de terracería, el sol constante y las madrugadas terriblemente frías lo doblegaron y en una recta interminable me cedió las llaves. Conduje despacio en tanto él y el geólogo Rodolfo Hernández —quien nos acompañó— pretendían dormir aunque el bamboleo no lo permitía; tampoco el ronquido del motor que exigía cambio de velocidad.



Conduje con calma. El sol acababa de ponerse y un azul uniforme se posó sobre la planicie. Viajamos lejos de cualquier poblado, por horas no vimos algún humano. De pronto avisté en el horizonte un par de diminutas siluetas que caminaban en sentido opuesto. A lo lejos no se miraba detalle, sólo los contornos. Las figuras a la vera del camino eran pequeñas y cuadrúpedas. Entrecerré los ojos para afinar el enfoque y fui disminuyendo la velocidad. Las silue-

tas mantuvieron el trote. No quise despertar a los compañeros. Los perfiles peludos se acercaron sin reserva, entonces me di cuenta de algo nunca antes visto por mí en los caminos del desierto: sin temor engañoso, sin preocupación figurada, sin nerviosismo visible, un par de perritos *french poodle* pasó por un lado. Me quedé mudo. Sabía de los perros ferales, aquellos que recuperan su origen silvestre y cazan como lobos, pero eso es para los perros de mayor talla. Los *french poodle* vagabundos acaban atropellados en las calles. Estos no. La pareja de canes blancos pasó sin voltear. Detuve el mueble ante el sorpresivo avistamiento, los perritos falderos siguieron de largo, vi por el retrovisor su trote y, desconfiado del reflejo del espejo, saqué la cabeza y volteé atrás. Los animales se detuvieron. Uno se sentó en tanto el otro, en cuatro patas, me miró; cuando terminó de hacerlo su par se levantó y despreocupados retomaron su caminata.

Conozco a esos perros y es impensable creer que puedan estar a salvo sin dueño. Así como llegaron del horizonte, se perdieron detrás de nosotros. Los compañeros no creyeron lo que les conté. Pero así pasó. Un par de perros modificados genéticamente para estar en casa, con permiso para subir a los sillones y que pasean con su dueño asomando la cabeza por la ventana del automóvil, trotaban despreocupados a través del inmenso desierto de Ocampo, un sitio a donde fuimos en busca de animales singulares, precisamente como estos dos perros caseros bien adaptados a la vida silvestre.

Septiembre/2010



## ¡Ay, Chinita! ¡Ya nos estamos reciclando!

El ingeniero Galabiz es un cofre de anécdotas que se abre con la primera cerveza. Algunas de ellas son adversas de origen pero que, al contarlas, se convierten en jocosidades que trascienden la tragedia. Su trabajo le permite recorrer la serranía duranguense; conoce la mayoría de los pueblos tepehuanos y los tepehuanos lo conocen a él y a su vehículo:

—Queremos comprar una camioneta marca INI —cuenta Galabiz que exigió un grupo de campesinos al agente de una concesionaria de automóviles en Durango.

—¿Cuáles son ésas? —preguntó el vendedor.

—Pos son unas que van de un lado a otro sin parar, sin cargar gasolina y sin poncharse... como la que trae el ingeniero Galabiz.

Era cuando trabajaba en el Instituto Nacional Indigenista, y las siglas —INI— eran lo más visible en la caja del mueble. Lo veían ir y venir por las brechas, de día y de noche, cargando solicitudes y entregando apoyos en efectivo, hasta que un tronco sobre el camino lo detuvo una madrugada.

“¡Ya me llevó...! En el asiento trasero transportaba sobres con efectivo, dinero de programas federales”, recordó. De entre los matorrales apareció un encapuchado cargando un rifle que el temor agrandó.

—¿Traes cigarros? —preguntó la amenazante silueta recargándose en la ventanilla del conductor.

“¡Fue cuando me di de topes por haber dejado de fumar! No traigo, pero si quiere voy por ellos”. Las rodillas le temblaron y las manos apretaron el volante hasta exprimírle sudor frío, se daba por perdido hasta que una voz que se iba acercando rompió la tensa oscuridad:

—¡Quiuuubo, Galabiiiz!.

Bajé del vehículo y le tomé la mano como un niño a su padre.

—Quiubo, cuate —saludé.

—No traigo cigarros, pero si quieren voy por ellos —insistió.

—Cuídate, Galabiz, es muy tarde pa' que andes fuera.

Nunca supe quién era, pero seguí su consejo al pie de la letra”, confesó...

Luego nos contó una anécdota culinaria:

“En una ocasión tuvimos que quedarnos varios días en un pueblo serrano. La gente es muy amable y nos ofrecía su casa. Son pueblitos que no tienen servicios, allá en la cima están alejados de todo. El jefe de la comuna nos invitaba a desayunar y a comer, y pues, para hacer nuestras necesidades íbamos a la orilla del río donde siempre veíamos a una marranita que bautizamos como la Chinita. Pos la Chinita era la que hacía la labor de limpieza donde nosotros dejábamos sucio.

“Nos tocó estar allí en un día de fiesta: la hija del jefe del pueblo cumplía años y toda la gente estaba invitada a la comilona. Tocó nuestro turno a la mesa donde abundaban las viandas de chicharrones, carnitas y buche; y en nuestros platos rebosaba el asado de puerco y las sopas. Ataqué con el tenedor y con una tortilla enrollada el sabroso guisado, los bigotes se me manchaban con el picosito chile colorado, pero algo me incomodaba, sentía sobre mí una mirada perturbadora, incómoda; levanté la vista al mismo tiempo que llevaba

a la boca los trozos de carne clavados en el tenedor y, colgada de una viga, miré la cabeza de la Chinita. De volada solté la tortilla y el tenedor: ‘¡Ay, Chinita! ¡Ya nos estamos reciclando!’, dije resignado, pos la Chinita, nuestra compañera del río, ¡ya estaba en mi panza!’”

Al ingeniero Galabiz, menudo cincuentón de bigote tupido y brazos robustos, lo conocimos en un restaurante del Mezquital, en Durango, y de allá nos trajimos sus andanzas por el territorio duranguense.

Noviembre/2010

## Engullo... ya luego veremos

Es una verdad sabida que la comida define a las culturas y delinea el abdomen. El alimento de los oaxaqueños, enriquecido con insectos, nos sorprende a los *comecarnecruda* del norte. Asimismo la comida es como los zapatos favoritos: ejemplo de la conducta y personalidad de quien los calza. Nuestro coordinador editorial mantiene pulcras sus botas y no come carne. Antes de exigir un tomate partido en su plato enreda a los meseros con desafíos que se resuelven siempre con las rebanadas de aquel fruto:

—¿Qué tienen que no sea carne? —reta el compañero una vez que ha cerrado el menú.

—Pescado o pollo —responden los meseros seguros de que la composición de estos animales debe tener su origen en otro reino.

—Nada que haya tenido antenas, patas, ojos, boca, esqueleto, escamas o alas —brinda pistas, o acorralla, según se vea, el fotógrafo de botas limpias.

El mesero entonces se refugia en la chaquetilla del jefe de cocina, quien lo tranquiliza mostrándole el fruto rojo cercenado con filoso cuchillo.

Yo soy diferente. Mi panza lo revela: rebasa el metro de circunferencia, así que estoy por arriba de la medida impuesta por la Secretaría de Salud para ser considerado un obeso; y la causa no es la comida chatarra, sino los buenos guisos.

Con un exquisito platillo norteño nos recibieron los arqueólogos Yuri de la Rosa y Antonio Reyes en una visita a Cuatro Ciénegas hace un lustro. Los investigadores procedentes del Distrito Federal adoptaron la costumbre de cocinar utilizando un disco de arado agrícola; prepararon una discada de carne con embutidos sazónada con *Clamato*, pimientos, tomate y cebolla. Batallaron para encender la fogata —esa es otra historia—, pero una vez guisado el platillo los tacos no cesaron de poblar mi plato. La carne rojísima envuelta con una capa de cebo amarillento, repulsiva en la carnicería, se ablandó a fuerza de fuego y caldillo volviéndola apetitosa en el disco; los embutidos revueltos, cortados en trozos, me hicieron olvidar su origen;

y las tortillas recién hechas contuvieron la mezcla jugosa el tiempo suficiente para que el taco llegase a la boca. La suma de los sabores fundidos por el fuego desprendió un aroma dulce, a carne, a cuero, a sudor de animal, una esencia ahumada que condimentó al taco.

La comilona duró hasta la media noche cuando tendimos los cobertores en la parte trasera de la camioneta para dormir en una de las calles de la ciudad (“Mi patio está lleno de alacranes, si quieren pueden tenderse allí”, ofreció Yuri).

A la mañana siguiente Monsiváis planteó la visita al restaurante del *Doc*, uno de los más visitados en Cuatro Ciénegas. Aún no abría del todo los ojos pero acepté de buena gana la que parecía una invitación a desayunar. Al llegar al restaurante el socio se fue directo a los baños y yo me quedé sentado en una de las mesas ubicadas en el centro del local; sin dudar, después de un vuelo fugaz sobre el menú, opté por el hígado encebollado: el plato extendido en el restaurante del *Doc* debe medir cuarenta centímetros, el hígado de vaca lo desbordaba; las cebollas erigían un monte aromático y los frijoles refritos equilibraron el área ocupando el único espacio libre. Cuando iba a la mitad, el socio apareció y, azorado, preguntó:

—¿Pediste?

—A eso vinimos, ¿no?

—Yo quería el baño, nada más.

Me permitió terminar el almuerzo antes de emprender el retorno a Torreón.

En la gasolinera solicité viáticos para comprar un sándwich de ensalada de pollo con el cual cubrir los trescientos kilómetros de camino de Cuatro Ciénegas a Torreón —aunque lo comí mucho antes— y ya en casa una orden de tacos al pastor cerraron la jornada culinaria.

Agotado por el viaje, sediento por el calor, tomé una decisión que al final padecí: en el frutero de centro un durazno de apariencia jugosa se perfilaba a ser el postre sublime. Lo agarré, me recosté en el sillón, lo miré para determinar la zona donde clavaría los dientes, abrí la boca y mordí seguro. Lo hice repetidas veces hasta llegar al hueso con el que jugué dentro de la boca hasta que, como azadón que

se levanta frente al pisotón, dejé el sofá para, irremediablemente, ensuciar mis botas.

“El durazno estaba verde”, argumenté en urgencias de la Cruz Roja donde me diagnosticaron una congestión severa al tiempo que me suministraban una solución de ranitidina por mis venas.

Sé de diagnósticos equivocados, y también la causa de mi indigestión. Desde entonces evito comer duraznos verdes.

Julio/2011



## Una guía sin brújula

El chaparrito Cuco recorrió con la mirada nuestras maltrechas figuras mientras descargábamos de la Combi un par de cobertores y los enrollados sacos de dormir. Amontonamos las cosas de campaña junto a las mochilas rellenas con ropa invernal. Hicimos otro montoncito con los sartenes, tazas térmicas, botes de agua y con el botiquín de primeros auxilios surtido de medicamento para mordeduras de serpientes, para los mareos, indigestiones, dolores musculares y para evitar los cólicos. Bajamos del vehículo lámparas de mano y trípodes acerados. Revisamos la lista del equipo para caminar rumbo a la cima de la sierra de Jimulco: todo estaba completo. “¡Hey! Los burros son para subir el agua, ustedes van a cargar el resto en la espalda”, advirtió Cuco sin dejar de balancear horizontalmente la cabeza para desaprobar el excesivo equipaje. La caminata se retrasó debido al tiempo que empleamos para regresar el menaje a la bodega de la Combi.

El avezado guía, un hombre de baja estatura y antebrazos robustos, no separaba la vista de nuestros cuerpos y dos minutos después

dio su veredicto: “No, ustedes no llegan al Picacho; si acaso a Los Picachitos... y espero que aguanten”. Fue un susurro gélido filtrándose por nuestros oídos.

Era otoño del 2007 cuando decidimos trepar El Centinela, o El Picacho, que supera los tres mil metros sobre el nivel del mar. Es la parte más visible de la reserva municipal de Jimulco, al sur de Torreón, Coahuila. Pero Refugio Agüero Sánchez, Cuco, dimensionó nuestra capacidad y determinó que sólo llegaríamos a Los Picachitos, mil metros menos alto.

La caminata ofreció diversas anécdotas que hemos desgranado en esta sección. Una de ellas es ésta, al asumir el liderazgo de los caminantes.

Regresábamos con la satisfacción de haber alcanzado Los Picachitos. A media mañana cruzamos por una de las mesetas cubiertas con pasto crecido que ocultaba el sendero. Cuco me animó a encabezar la caravana; dio la instrucción y pronto me posicioné en la delantera. Me siguieron, confianzudos, Julio Fernández Sánchez y el socio Armando Monsiváis. Caminé abriendo el compás para emular al veloz guía, arrastré los pies entre las colonias de lechuguillas para evadir las espinas; frente a las rocas decidí sin titubear rodearlas según veía el terreno. Durante el camino fui, como acostumbro, imaginando proezas como las que narran en la televisión:  *fueron momentos adversos, el peligro se asomaba en cada centímetro de esta áspera tierra, las víboras de cascabel son los reptiles más venenosos del lugar, una mordedura puede resultar mortal, y la clínica más cercana está a un día de camino, tiempo suficiente para que el veneno se aloje en el torrente propiciando la paralización del sistema nervioso y causando una muerte lenta y dolorosa...*, sin considerar que a esa altura y por nuestro escándalo, sería imposible toparnos con una serpiente. Esto fantaseaba cuando tuve que frenar porque descubrí que estaba al borde del abismo, y hasta allí me siguió Julio. Monsiváis se quedó muy atrás y desde las alturas vio que íbamos directo al precipicio.

—Creo que no es por aquí —anuncié a mi incauto seguidor.

—¿Y por dónde regresamos? —me dio otra oportunidad de guiarlo, sereno, el buen Julio.

Ya no tuve la confianza de encaminarlo por ninguna parte. El sendero se había perdido y las rocas que bajamos parecían infranqueables. Miré hacia la cima, allí permanecía Monsiváis con el báculo en la derecha, mirándonos serio, con esas seriedades que anuncian la inevitable mofa.

Tragué saliva, contuve la vergüenza, y pedí con firmeza: “¿¡Por dónde le damos, compa!?”

Seguí algunas instrucciones y con las piernas temblorosas y las manos hechas agua pisé la cara de una piedra lisa y resbalé de espaldas golpeando la cámara de video que guardaba en la mochila. La rompí. El lente quedó deshecho, el cuerpo plástico agrietado y mi orgullo amoratado.

La mirada de Cuco nos regresó a la senda y ya después no fui capaz de rebasarlo. Caminé a la zaga, en silencio, cabizbajo y anhelando que acabara la jornada y que la cámara tuviese compostura, lo que no ocurrió, como tampoco se compuso mi mala fama de caminante.

Septiembre/2011

## Balada a la luna

La petición para llevar a tres jóvenes creadores a la Zona del Silencio la hizo Cecilia Rojas, entonces integrante —en 2010— del equipo encargado de organizar el festival cultural de Lerdo, Durango. Invitó a un grupo de productores que se dedicaban, al menos hasta el año anterior, a la grabación de sonidos ambientales con el fin de *vestir* cualquier tipo de documento audiovisual.



Los realizadores arribaron sin mucha estridencia del Distrito Federal invitados al festival para hablar de su resonante actividad; aprovecharon su estancia en la Comarca Lagunera para recoger con sus sensibles micrófonos las sonoridades de los mercaderes de la Alianza y del Juárez en Torreón. Se arrojaron, porque no habían oído de su peligrosidad, a la infranqueable colonia Polvorera de esta ciudad para registrar el chirrido ferroviario; arrastraron su equipo para eternizar el rumoroso trajín de los andarines laguneros y, sabedores de la mítica Zona del Silencio, no quitaron el dedo del botón rojo de sus grabadoras para llevarse en las memorias virtuales los sonidos del desierto.

La familia Herrera de la Cerda, proveedora de los servicios turísticos, ya nos esperaba en el ejido La Flor, dentro de la reserva natural de Mapimí, Durango, donde también se asienta la enigmática Zona del Silencio. Antes de que el sol hiciera mutis se armaron las casas de campaña en el área designada para el campamento. Quien esto escribe los condujo hasta la boca de un pozo esperando que el ultrasonido de los murciélagos que debían salir de allí, quedara atrapado en las redes cibernéticas. Con precaución, José Fuentes Flores, ex militar y operador técnico, colocó los pedestales y empotró los micros omnidireccionales. Jazmín Valerio retrocedió de puntillas junto con Emilio Portes, líderes de la compañía, hasta la carreta turística donde nos paralizamos con el oído atento... el silencio nos abrumó. Ni el viento, ni nuestras respiraciones retumbaron. Esperamos a que los pasos del ciempiés movieran las piedrecillas, a que las ratas sacudieran las ramas, a que los grillos musicalizaran el parpadeo de las estrellas; esa noche, como ninguna otra, se silenciaron.

El compacto ex militar desarmó con afonía irremediable el sofisticado equipo: destrabó los cables de los micros a los que colocó sus capuchas protectoras y guardó luego en una maleta. Extrajo las baterías de cada componente y desarticuló los pedestales. Forzamos una conversación entre la negrura polvosa, cuando un canto azaroso acabó con la mudez de la noche:

—¿Qué es?

—¡Un lobo!

—¡Un perro!

—¡Un burro!

—Es un coyote —acabé con el enigma antes de que los jóvenes defeños asignaran a cualquier otro cuadrúpedo aullido sin igual.

Al primer canto proveniente del norte, le respondió otro del oeste. Los tres productores quedaron paralizados hasta que Emilio dio la instrucción de recomponer el equipo de grabación. Con estridente angustia abrieron las bolsas y las maletas, desenrollaron los cables y extrajeron los micrófonos. Al tiempo los coyotes coreaba por los cuatro puntos cardinales lo que nunca antes habían escuchado —lo confesaron luego— los grabadores ciudadanos: agudos sostenidos y

graves rasposos, interminables ladridos se oían en sonido cuadrafónico. Las manos temblorosas dejaban caer las delgadas baterías; Jazmín, hincada, le arrebatava al suelo las pilas y les arrojaba aliento para desempolvarlas. La estructura de tubos y cables quedó armada justo cuando los coyotes callaron. Y no volvieron a aullar.

José andaba diez pasos y lanzaba los micros como anzuelos sin carnada. Una, dos, tres horas después del concierto el silencio colmó la memoria de la grabadora. Fue el último en cerrar por dentro la tienda de campaña. Por la madrugada el fenómeno se repitió: los coyotes con mayor vigor entonaron su balada a la luna.

“Tenía el equipo en la maleta, pensé en conectarlo pero igual no los iba a alcanzar a grabar... mejor cerré los ojos y lo disfruté. Nunca había escuchado a los coyotes cantar”, dijo a la mañana siguiente, con voz apagada, José, mientras subía los sofisticados dispositivos a la camioneta que nos regresaría a la ruidosa ciudad.

Enero/2012



## **Sonrisas para un balsero al garete**

**C**on medio siglo de existencia, la regata del río Nazas es singular por la presencia de remeros en el semidesierto. Los registros históricos de embarcaciones en las secas tierras septentrionales son escasos: en el siglo XIX en Matamoros, Coahuila, la gente cruzaba las Vegas de Marrufo en balsas; en tiempos recientes, comunidades de San Pedro, Francisco I. Madero y del propio Matamoros diseñaron barcazas para navegar sobre las avenidas extraordinarias de los ríos laguneros.

Remar en nuestros ríos es una aventura que debíamos abordar periodísticamente y, como solemos hacerlo, también vivirla en la medida de lo posible. Hemos escalado, algunas veces sin fortuna, por los escabrosos riscos en los cerros de la presa Francisco Zarco; también practicado el *rapel* y ascendido por las sinuosas veredas montañosas. Esta vez, a invitación de Francisco Fernández, de oficio carpintero y de afición remero, visitamos el Cañón de Fernández para experimentar la sensación de navegar en kayak por el Nazas.

Era febrero del 2006; mi hija, a seis meses de su nacimiento, conocía por primera vez junto a su madre la ribera del Nazas en los límites de Lerdo, Durango. Al llegar al embarcadero los diversos equipos de navegantes practicaban en uno de los amplios esteros. Las mujeres, los niños y los experimentados hombres remaban de un lado para otro sin pausa, dirigiendo sus lanchas con habilidad; subí al compartimento delantero de un kayak doble para grabar los constantes paleteos, y esto me animó a solicitar prestada una balsa.

Los remeros se silenciaron por un instante antes de deliberar qué tipo de embarcación sería la adecuada para un amateur. “Cualquiera que fuera, debe ser simple blandir el remo y avanzar por las aguas quietas”, supuse.

Un joven balsero acercó una embarcación con eslora reducida, menor a los cuatro y medio metros, de un solo compartimento y sin ajustes de regulación en los calapies... es más, este kayak no tenía calapies o pedales, y mucho menos globos de habitáculo de proa o popa que volvieran insubmersible la barcaza en caso de voltearme (lo anterior no lo sabía en aquel momento, sino hasta ahora que me veo obligado a consultarlo para escribir). El espíritu del tetracampeón de la regata, de la leyenda lagunera Jesús Villela, me inspiraba y no debía ser problema navegar por un estero poco profundo de agua cristalina.

Sin chaleco salvavidas, con un remo doble, me alejé de la orilla y de las instrucciones de Francisco. Armando Monsiváis enfocó la lente para fotografiarme al partir, disparó de nueva cuenta cuando di una vuelta, pero al siguiente viraje mi hija sonrió, entonces la cámara y la atención del instructor se enfocaron en ella y sus gracias

infantiles. Suspendida en la bolsa porta-bebé de pecho mi pequeña balbuceaba y sonreía, agitaba las piernas y los brazos ante el deleite del fotógrafo. Se olvidaron de mí. A la deriva, no pude encauzar la balsa a la orilla, daba vueltas y vueltas sin control, y en ningún momento pude enfilarse la frágil embarcación. Los equipos terminaron su práctica y yo seguía dando vueltas hasta el cansancio. Miraba a lo lejos cómo acababa la sesión fotográfica; los de tierra se retiraban rumbo a la Combi en la que llegamos. Clavé el remo en el fondo del río y traté, sin éxito, de catapultarme al frente. Exasperado, dejé que la brisa y el oleaje rutinario me llevaran a puerto media hora después, con la piel enrojecida.

Tiempo después supe que el kayak utilizado no tenía una quilla de balance, y que si no volqué en las aguas del Nazas, fue por mi equilibrio instintivo de supervivencia. Nadie se dio cuenta de este breve y frustrante naufragio, y cuando lo cuento a mi hija, ahora de siete años, sonrío como lo hizo en aquella ocasión en la ribera del Nazas.

Septiembre/2012



## “¡Pero si están nuevas!”

Antonio López Esparza cumplió el ritual de cada veintidós días. Con su mochila de mezclilla al hombro se detuvo en el límite del pueblo —hasta donde llegan los perros a olfatear y terminan la banqueta, las casas y sus colores— para aguardar un aventón hacia la mina de Hércules. Cumplía tres años en el laboratorio en el que analiza las muestras de fierro de aquel yacimiento, y desde que empezó a laborar, a falta de un sistema de transporte desde La Esmeralda hasta el pueblo minero a sesenta kilómetros de terracería, espera, desde un día antes de su entrada, a que alguien lo lleve de aventón.

Ese día pasamos nosotros.

A bordo de la Combi Westfalia debidamente bruñida por el socio Armando Monsiváis, acordamos subirlo. Pretendíamos visitar Hércules, en el interior de Sierra Mojada, al oeste de Coahuila.

—Nos puede ayudar en caso de que algo ocurra —argumenté a Monsi justo cuando arribamos a la frontera entre el asfalto y el páramo.

—¿Qué puede pasar? Todo está en orden.

No fue la respuesta precisa de mi compañero, la deduzco a partir de su pertinaz manejo de la previsión: el socio acostumbra el resguardo de picaportes, ganzúas y pasadores en lugares insospechados por si las llaves se extravían. Además las llantas, supuso, estaban

nuevas. Es decir, el peor de los escenarios inimaginables él lo profetiza y se prepara para enfrentarlo. Aún así consintió la presencia del tercer pasajero.

Antonio fue parco; durante el recorrido hizo una pálida descripción de Hércules, la villa perteneciente al Grupo Acerero del Norte.

La sequedad era evidente en los matorrales y en las nubes finísimas de polvo alborotadas por el paso distante de algunas camionetas. Igual de secas fueron las frases de Antonio arrancadas a punta de preguntas. Cuando empezaba a hilar una descripción del pueblo minero la exhalación de un neumático nos silenció.

“Qué raro, si están nuevas”, afirmó el socio, pero eso no lo sabía el neumático trasero del lado izquierdo. La lánguida goma había perdido cualquier señal de vida, escurría sobre su soporte hasta desparramarse en el camino de caliche. Armando caminó al frente de la combi para abrir el candado que sujetaba la llanta de refacción; manoteó en cada bolsillo de su pantalón y chaleco sin localizar la llave. Éste fue el preámbulo de un rosario de desaciertos: para iniciar, rompimos el candado del neumático de repuesto; en seguida Armando inyectó un par de latas a la desahuciada goma que no acusó aliento debido a que, en la cara interna, una gran herida se abrió. Antonio entró en acción sin mejor suerte: tomó la cruceta e intentó zafar las tuercas, su fuerza suavizó los bordes de los tornillos sin lograr un mínimo giro.

La tarde se consumió en intentos para cambiar la llanta. Al complot se sumó el gato mecánico: cuando se había levantado veinte centímetros sobre el suelo, se dobló por el peso del vehículo.

Más allá del horizonte, durante el ocaso, una señal de vida nos devolvía la esperanza de cambiar la llanta. A bordo de una camioneta apareció Óscar Rodríguez Sota. Nuestra previsión es insignificante frente a la del vaquero Óscar, quien vive en Sierra Mojada: en su *pick up* ochentera carga herramienta suficiente para montar un taller mecánico. Probó con una cruceta, con pinzas perras y pericas hasta llegar a la última opción: el martillo y el cincel.

La noche se había posesionado del paisaje, Antonio aprovechó el regreso de otro vehículo para volver a La Esmeralda y dejamos a

nuestra suerte; en tanto Óscar hacía retumbar las obstinadas tuercas a golpe de marro hasta que las retorció de dolor: “¡No salió, la sacamos!”, exclamó tras el último trancazo.

Intercalamos las tuercas para suplir las despedazadas y nos regresamos por donde vinimos.

Agradecemos a Óscar y más tarde a la gente de la vulcanizadora de La Esmeralda que nos vendió una gastada goma de refacción. En Torreón, muy cerca de la ciudad, Monsiváis insistía: “¡Pero si las llantas están nuevas!”, y entonces un atronador silbido le respondió: otro de los neumáticos se había ponchado... ya no hubo problemas con las tuercas ni con la refacción; fue el gato, en esta ocasión, el que nos abandonó.

Dejé al socio al resguardo en tanto yo subía a un camión suburbano de pasajeros para llegar a la ciudad y buscar otro gato mecánico. Al regresar con la herramienta ni él, ni la Combi, estaban donde los había dejado... No supe a dónde fue, ni cómo le había hecho; sólo quedó en mi mente, retumbando como los marrazos de Óscar, la exclamación del compañero: “¡Pero si las llantas están nuevas!”.

Enero/2013



## **El arte de la pesca es cosa seria**

**A**lejandro y Ángel catapultaban sus cañas de pescar con la seguridad de los conocedores. Los vistosos curricanes silbaban atados al extremo de los hilos de nylon trazando una suave parábola hasta hundirse en las aguas poco profundas habitadas por carpas y lobinas.

La templanza de ambos pescadores, la tibieza del medio día sobre los ahuehuetes, los escurrimientos del Nazas abriéndose paso

entre las raíces y la enorme cortina de hormigón de la presa Lázaro Cárdenas, integraban un paisaje incorruptible, por eso llegué de puntitas hasta la orilla del río.

Seguí con la mirada el lanzamiento de los anzuelos, caminé procurando silenciar mi respiración agitada por el esfuerzo de andar en cuclillas; intentaba ocultarme de los peces y de los pescadores. Me senté equidistante al centro de los jóvenes sujetando con ambas manos la cámara dispuesta para grabar —en caso de que ocurriera— la resistencia de la lobina negra enganchada por los acerados garfios. Discreto clavé la barbilla en el pecho y bajé la visera de la gorra para camuflarme. Ángel, quien seguramente debe tener una vista aguda, leyó el nombre de la revista bordado al frente de la cachucha. Caminó hacia mí.

—He leído todas las *Nomádicas* —abrió la conversación y de inmediato imaginé cómo los peces huían de los anzuelos y de la grabación—. Venimos al Palmito cada que podemos, trabajamos en unas granjas de pollos en Mapimí; cuando hay tiempo nos escapamos para pescar. ¿Está bonito verdad?

Sí, la campiña frente a la presa Lázaro Cárdenas, en El Palmito, Durango, está hecha con pinceladas que hurtó para sus cuadros el pintor José María Velasco. Las siluetas de los pescadores a contraluz resaltaban el romanticismo de la escena interrumpida por los reporteros.

Detrás de Ángel llegó Alejandro, también lector de esta publicación y apasionado de la pesca deportiva. Vestía la indumentaria propia: frente al pecho colgaba una mochila en la que guardaba diversos anzuelos y curricanes adquiridos en tiendas de México y Estados Unidos: “Estas lombrices de hule tienen aroma de café, las compré en San Antonio; éstas otras de colores son costosas, más de quince dólares; ésta genera ruido y ésta otra se mueve como si nadara; viajé a Texas exclusivamente para traerlas”.

La cátedra sobre señuelos de agua dulce arreciaba. En un arrebatado Alejandro me entregó su sofisticada caña de pescar para recoger la de su hijo —un pequeño de nueve años que se divertía con el agua y la tierra— y con ella mostrarme las técnicas de lanzamiento. Tomé la cañuela profesional, curioso solté el freno del carrete. Cuando la

plomada caía al agua jugueteaba moviendo el anzuelo, después embobinaba el hilo para volverlo a soltar. Así lo hice tres veces hasta que el carrete se enmarañó. No pude desanudar esa madeja de nylon, así la entregué a su dueño quien no reparó en el entuerto y me entregó la caña de pescar de su pequeño hijo para que yo la proyectara.

En la punta de acero clavó un señuelo de goma, doblé el brazo para impulsarme sin alertar a los compañeros quienes tuvieron que agacharse detrás de mí en el primer intento fallido. En el segundo ensayo el curricán quedó suspendido porque no solté el freno. Al tercer intento apenas toqué el agua. Alejandro no atendió el mensaje manifiesto de tantas pifias, aunque la cuarta oportunidad fue diferente.

Con movimientos seguros sujeté el resistente bambú, extendí el brazo y solté con vigor. El plomo voló hasta el centro del río, el silencio permitió escuchar el chapoteo del anzuelo que fui recogiendo hasta sentir el tirón de... ¿un pescado?

—¡Ya picó! —presumí.

Cuando me disponía a jalar la caña, Alejandro me la arrebató. Caminó por la orilla estirando y aflojando el hilo. El anzuelo, junto con uno de sus vistosos señuelos, estaba atorado. Siguió por la orilla haciendo intentos para destrabar una de sus valiosas piezas hasta que, con un enfático jalón, reventó el hilo.

—Hay veces que no le importan las corrientes o el agua fría ni nada para recuperar sus señuelos —contó Ángel, quien miraba cómo su compañero regresaba con el rostro endurecido.

Alejandro se quitó los lentes oscuros para dejar ver el rigor de su mirada. Apretó sus labios para contener algún improperio, recogió su equipo y sólo por compromiso aceptó posar para la foto del recuerdo.

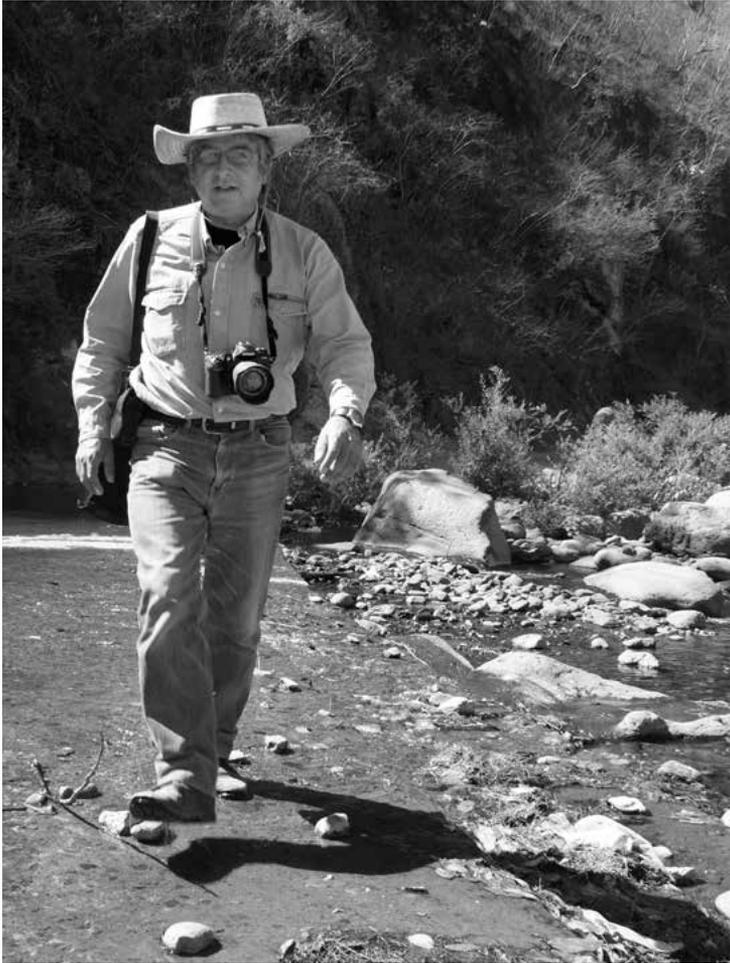
Se fueron. Ya en la oficina, a través del internet, ofrecí nuevamente disculpas y solicité una dirección a los pescadores para enviarle, específicamente a Alejandro, algunos ejemplares de la revista como cortesía... hasta el cierre de la edición el pescador ha estado más mudo que un pez del Nazas.

Marzo/2013

## II

*La valentía, saben, nunca  
fue mi virtud y siempre me doy  
cuenta de eso en los momentos  
más inapropiados.*





ARMANDO MONSIVÁIS SALDAÑA, *MONSI*





## Diosito y los relámpagos

**D**esde una de las cimas de la sierra La Madera, frontera entre Cuatro Ciénegas y Ocampo, Coahuila, tal vez a dos mil veinte metros sobre el nivel del mar, los valles se apreciaron inmensos. Ya era noche cuando observamos desde las alturas una tormenta cerrada hacia el norte, con destellos de relámpagos y truenos que se encimaban —allá abajo— sobre las lucecitas lejanas de la cabecera municipal de Ocampo, distante 32 kilómetros. Habíamos ascendido desde temprano a la montaña llena de bosque de pino, y a la hora que observamos aquella lluvia, habíamos terminado de cenar. Dos guías originarios del ejido El Oso, de Ocampo, más Héctor Esparza y sus sobrinos Carlos y Daniel, mi hijo Armando y yo, charlábamos junto al fuego central del campamento.

—¿Esa tormenta nos llegará? —pregunté al guía.

—No, ésa no llega; la que nos pega es la que venga por acá, por encima de esta sierra —y señaló hacia el poniente con su brazo, hacia la silueta negra del pico.

Esto fue en el verano de 1997. El cometa *Hale Bopp* navegaba todavía en nuestro horizonte estelar y apenas si se distinguía cobijado por la tenue nubosidad en el oriente. De súbito, la cima donde habíamos ubicado nuestro refugio se iluminó con una luz intensa y, de inmediato, un trueno retumbó maravilloso dos, tres, cuatro veces entre el eco sensacional de los cañones de la gran serranía de La Madera. Llegó un viento húmedo y veloz; las dos casas de campaña levantadas en un claro del espeso bosque se sacudieron violentamente como banderas, pero soportaron en pie la embestida.

Los rancheros dieron la voz de alerta y empezó la emoción.

—Hay que guarecernos porque la lluvia llegará muy fuerte.

—¡Todos a las tiendas! —ordenó uno de los guías mientras una pesada nube se veía avanzar con rapidez impresionante hacia nosotros. Casi creímos que hubiéramos podido tocarla de haberla esperado unos minutos.

La noche que apenas veinte minutos antes era apacible en el pico de la montaña, se había transformado en una tormenta de viento, lluvia y relámpagos con truenos amplificadas. La naturaleza presentaba su espectáculo nocturno y nosotros teníamos asientos de primera fila.

Las estructuras metálicas de las carpas rechinaban por la fuerza del aire, las paredes de tela ronroneaban con la caída del agua y todo se iluminaba a cada descarga eléctrica. El choque sónico convertía el momento en un escenario de película de acción o de terror, según el valor de cada quien. Nuestra tienda se ancló entre pequeñas rocas, mientras que la de Héctor se ubicó cerca de los pinos.

Yo estaba feliz de presenciar aquel fenómeno meteorológico en las alturas, y todo indicaba que iba a ser una de las noches más felices de mi existencia aventurera. Testimoniar una tormenta desde sus entrañas era algo que había heredado de mi infantil curiosidad desde los tiempos en que veía caer la lluvia desde la ventana de mi casa: ¿Cómo se verá una nube llena de agua, luces y truenos desde adentro?

La respuesta en vivo no fue impune. En medio de un éxtasis casi pueril de mi parte, tuve la nefasta ocurrencia de preguntarle algo muy elemental al guía:

—¿Cómo le hacen ustedes para saber dónde ubicar su campamento en medio del bosque y que no les afecten los rayos?

El señor descubrió su cabeza. Una sucia colcha cubría por completo su cuerpo extrañamente tembloroso. Pude ver el rostro del ejidatario iluminado por las centellas intermitentes, y su mirada era de verdadero terror cuando me contestó entre truenos cada vez más sonoros:

—¡Que sea lo que diosito quiera! —y espantado se volvió a enconchar presuroso en la vieja y polvorienta cobija que usaba para ensillar a sus burros.

—¿Cómo, o sea que...? —quedé atónito, frío.

Todo cambió. El estampido del siguiente relámpago, y los que se sucedieron en las dos horas de la más intensa tormenta eléctrica que me ha tocado vivir en las alturas de una sierra, me llenaron ahora de pánico. Me sentí vulnerable. Sentí jugar la ruleta rusa contra fuerzas incontrolables y mortalmente aleatorias. Sentí el pavor retumbar dos, tres, cuatro veces entre mis oídos, ojos, nervios, corazón y tripas.

La que se perfilaba como una de mis mejores noches de aventurero concluyó como una de las peores y más riesgosas. La invocación de la desdichada frase “que sea lo que diosito quiera”, lejos de confortar el espíritu, quebró el ánimo. Mi ateísmo escaneó de memoria nuestra posible ubicación en la montaña y descubrí al equipo expuesto a la venganza y furia divinas. Sentí coraje.

Pero nada pasó. El amanecer fue otro canto de vida.

De regreso a la ciudad estudié todo lo concerniente a los rayos, y mi vecino, experto en seguridad industrial sobre descargas, alentó mi psicosis degenerativa. El trauma ya es parte de mi vida. El trauma fue la respuesta a mi feliz curiosidad de niño, que me fue finalmente revelada a través de un fascinado espanto de adulto.

Septiembre/2005



## Los sonidos de un fantasma

**E**se día planeamos hacer fotografías nocturnas del pueblo fantasma y del puente colgante de Ojuela, en Mapimí, Durango. Lo hicimos por el simple placer de romper los clichés icónicos realizados sobre el sitio minero. Esto fue hace siete años o más.

Una vez obtenidos los permisos, Héctor Esparza, una asistente de fotografía y yo nos trasladamos al atardecer con el equipo para acampar en el pueblo abandonado. La luna llena apenas brotaba por el horizonte de los picos de las sierras lejanas cuando arribamos. Lograr las imágenes nocturnas fue una jornada muy pesada por lo que la cena, tardía y ligera, la servimos a media noche. A las dos ya estábamos dormidos.

Yo lo hice en la base de una de las torres de entrada que soportan el pesado puente colgante, y lo hice como solía hacerlo siempre: con una linterna de pilas y con un pavoroso machete a la mano como seguro contra no sé qué cosa.

Pasada media hora, un ruido metálico surgió entre las ruinas del caserío y me despertó. La luna ya estaba en el cenit y se escondía tras

una sábana de nubes suaves. El viento, aunque tenue, silbaba grave y misterioso entre los gruesos cables de acero del puente. El clima era templado. Sin levantarme exploré con borrosa mirada el lugar de donde provino el ruido. Nada, seguro lo había imaginado, pensé.

Me acomodaba en mi *sleeping* cuando se escuchó otra vez. Ahora sí, alguien o algo rondaba a poca distancia. Héctor en el suelo y la asistente en el coche seguían profundamente dormidos. Me incorporé, tomé la lámpara y el pavoroso machete, y despacio me dirigí a las ruinas. La valentía, ya lo saben, nunca fue mi virtud —y siempre me doy cuenta de eso en momentos inapropiados— así que fue natural que dos temores me asaltaran sin remedio en esta circunstancia: uno, que un coyote o algún otro animal fuera atraído por nuestra despensa que quedó al aire libre; y dos, el temor a caer en alguno de los oscuros tiros verticales de las minas sin fondo.

Conforme caminé entre las casas abandonadas, el ruido metálico no del todo desconocido se escuchó más fuerte y más cerca. En el laberinto de paredes desoladas todo parecía saltar entre las sombras. Di unos pasos más con el machete en actitud más fanfarrona que defensiva, y de repente el sonido se oyó justo a mi espalda. En un giro veloz iluminé y vi aquello. El enorme y filoso cuchillo quedó en el aire.

Temprano, después del amanecer, el viejo guardián del pueblo de Ojuela llegó y se sorprendió de hallarnos ahí. Le explicamos nuestro trabajo y enseguida preguntó:

—¿Y no escucharon ruidos de cadenas en la noche?

—Yo escuché ruidos metálicos —fue todo lo que dije al tiempo que él miraba mis profundas ojeras de Drácula.

Entonces el vigilante nos contó con emoción la antigua leyenda del minero que murió hace muchos años en un accidente bajo tierra, y que ahora sale y vaga a la medianoche por las casas en ruinas. “Trae su mula, sus herramientas y cadenas que arrastra, y eso es lo que se oye en este pueblo en cuanto oscurece y hay luna”, explicó con manoteos y ojos muy abiertos mientras bebíamos café sentados en el suelo.

De rato, antes de retirarnos, los visitantes empezaron a llegar con su música alta y su basura de turistas.

El viejo guardián murió hace un par de años en Mapimí, pero su historia, a pesar de mi sólido escepticismo, me sigue impactando mucho y no por su originalidad, sino porque en verdad me hubiera gustado ver todo lo que el guardián nos contó aquella mañana.

Nunca lo dije hasta ahora, pero era preferible asustarse por un fantasma vagabundo de un minero con su mula, a la medianoche con luna en un pueblo abandonado... y no hacerlo por aquellos ruidos metálicos que se desplazaron casi con vida propia entre los oscuros laberintos de las ruinas y me hicieron ir sin mérito heroico en su búsqueda sólo para descubrir aquello tan prosaico, tan inelegante que no vale la pena contar lo que vi. Da pena. Da risa.

¿Ya imaginaron lo que vi? Acertaron.

Agosto/2006

## Calaveras en la mina

¿Llevamos también el arnés o nada más la soga? —nos preguntó el guía Juan al llegar a la boca de mina casi abandonada de Ojuela. Su extraño cuestionamiento se oyó como “saben a lo que van, ¿verdad?”.

—Lleve el arnés, sólo por si acaso —respondí con autosuficiencia, como diciendo: “No somos miedosos, pero sí muy precavidos”.

Aquella expedición a la mina en el año 2000 fue de todos modos una pesadilla. Devino en una peligrosa expedición organizada con total imprudencia, creyéndola audacia.

Por ello, es una fortuna poder contarla todavía. La crónica completa de la bajada a la mina inundada por las corrientes subterráneas de agua en Ojuela, en Mapimí, Durango, a 700 metros bajo la superficie, la escribió Héctor Esparza y se publicó con detalle en la *Revista de Coahuila*, para la que trabajábamos en esa época.

Nuestro guía, Juan Caldera, era un minero de mediana edad, curtido, y que pertenecía a las profundidades. Originario de Mapimí, conocía todos los secretos de las confusas y oscuras galerías como si fueran una extensión de su propio hogar. No lo sabíamos entonces, pero Juan tenía en su currículum gremial un blasón que lo graduaba de cuerpo completo: por su estilo de bajar y subir las profundas entrañas rocosas era conocido como “El Loco”. Pero eso lo supimos un par de años después.

Aquella mañana, una vez cruzada la tapia empedrada que cerraba el acceso, e iluminados por un par de lámparas de carburo, los primeros diez minutos en el interior del túnel fueron de turismo puro: horizontales y cómodos. Nuestra claustrofobia resultó pasajera. Luego torcimos hacia la derecha, por un pequeño rincón bajamos por una escalera de madera podrida y seca, casi como una hoja de canela que crujía en cada pisada; estaba asegurada a las rocas flojas por pequeños trozos de alambre recocado. Fue un aviso de la providencia y del sentido común que no advertimos nunca. Caminamos otros diez minutos sin sobresaltos hasta que llegamos a la verdad. En la semioscuridad, Juan se detuvo y preguntó: “¿Quién baja primero?”. Un amenazante socavón de diez metros

de diámetro y sin fondo aparente se asomaba enorme delante de nuestra ruta.

—¿Dónde está la escalera? —pregunté con el último candor de turista.

—¿Quiere que le ponga el arnés o baja colgándose de la soga? —me ignoró el guía—. Son como quince metros de profundidad, la soga sólo tiene doce, así que llegando a una saliente se quita el arnés y baja por las rocas, ¿okey?

Al recordar que en sus manos estaba el peso y control de la bajada de cada uno de los visitantes, pienso en lo incorrecto y absurdo de la expedición. Éramos cinco en total: Juan el guía, Héctor Esparza, su sobrino Carlos Díaz, mi hijo Armando y su irresponsable padre, o sea yo.

Así fue el camino después: oscuros abismos amenazantes por todos lados. Pozos que parecieron cuencas oculares de una calavera gigantesca sepultada o esculpida bajo la tierra. Nos colgamos muchas veces de agudos trozos de cable de acero que punzaban la piel de las manos, pero que el pavor de resbalar hacia las profundidades los hacía tolerables sin remedio. “Cálmense, esos alambres son los quitamiedos”, decía Juan al tiempo que soltaba una carcajada burlesca, y remataba con ruidosa y puntual sorna para ofendernos: “¡Qué caray, si una vez bajó una joven japonesa y lo hizo hasta con zapatos de tacón!”. Más risotadas humillantes.

La mochila del pesado equipo fotográfico estorbaba y rebotaba en cada maniobra, y me hacía sentir el riesgo en las estrechas veredas junto a precipicios que mareaban por su negra inmensidad.

—¿Cómo ves esto? —me preguntó Héctor cuando ya habríamos recorrido la mitad del descenso. Respondí con sentidos improprios y fulminantes procaidades, y luego, ya calmado, agregué: “Por mí regresaría ya”, dije con toda honestidad y con el rostro sudado y ennegrecido por el calor y el polvo de la mina y, además, sin haber tomado una sola fotografía por no soltarme de los cables, piedras, tablas o por deslizarme sobre las pendientes de los derrumbes.

En cuatro horas llegamos al nivel del agua. Un oasis mortal. El espejo cristalino y quieto dejaba ver una escalera sumergida que



se perdía entre oxidados rieles y maderos llenos de fino sedimento acuático, amontonados allá abajo en un tiro sin fin. El líquido altamente contaminado de arsénico estaba fresco, no frío. Con el escaso destello del carburo, el caos de la inundación y el colapso de las paredes de la mina se adivinaban en la profundidad. En un momento de silencio, era imposible no sentir un dejo de nostalgia por todo aquello que terminó en una tragedia hace 77 años. Por cierto, tomé pocas fotografías, y todas resultaron malísimas.

En media hora iniciamos el retorno que fue igual de terrible o más. Ahora sí hubo angustiosos resbalones de todo el equipo, y desfallecimientos de Héctor y míos ante la falta de fuerzas en los peligrosos ascensos verticales. A pesar del intenso agotamiento de escalar 700 metros bajo la tierra, Carlos el sobrino y Armando junior no externaron queja alguna. Hicimos otras cuatro horas y apenas libramos la duración de la luz del carburo.

Al salir, aunque totalmente extenuados, sudados y sucios, nos sentimos nuevos al ver el cielo del atardecer después de tanta pesada oscuridad bajo la superficie. Los muchachos disfrutaron la aventura, pero yo no pude decir lo mismo. Durante muchos días seguí todavía

bajo la mina en mis sueños. La imagen de ir caminando en la penumbra en medio de las cuencas oculares de un colosal cráneo en posición horizontal, significó una prolongada pesadilla que se desvaneció lentamente cuando me convencí, noche tras noche, despierto y dormido, de que jamás volvería a ese lugar. Sólo hasta que recobré la placidez de la almohada supe que estaba listo para hacerlo otra vez.

Mientras tanto, aprovecho la experiencia y recomiendo la emocionante exploración únicamente a mis enemigos.

Marzo/2006



## Perdidos en el desierto

Si algún letrero o señalamiento correspondiera a aquel camino que no aparecía en ningún mapa o pergamino, debería rotularse sin concesión así: *El surrealismo*. Pero ese *surrealismo* era en realidad torpeza y ansiedad de mala lectura de nuestra carta de navegación. Seguíamos la ruta de la candelilla y de súbito nos desorientamos en el desierto del norte de Ocampo, a 42 kilómetros de Texas. Era el año 1998, *Google Earth* no había nacido para México y los geoposicionadores satelitales eran una cosa rara de la milicia norteamericana para atacar objetivos civiles desde la comodidad espacial.

Así, la zozobra en la planicie se nos volvió miopía exploratoria. Esa tarde malograda optamos seguir por la brecha indicada por un campesino que, como extraño mensajero celestial, apareció y desapareció en las veredas de polvos sutiles de la estepa gris. Por esto mismo, decidimos avanzar diez kilómetros al oeste del último entronque para hallar el pueblo donde pasaríamos la noche. Apenas a los tres kilómetros, apareció la silueta lejana de un pueblo sin luz. El conductor de la camioneta, Santiago Lozano, el reportero Héctor Esparza y yo como fotógrafo de la expedición, bajamos de la *Dodge* y corrimos hacia allá, en la penumbra de los reductos del atardecer. Conforme nos acercábamos a las casas les crecieron ramas y se transformaron en mezquites y la finca grande en un estanque seco. Ni un alma en pena apareció. Pero dilucidamos que el estanque podría ser buen indicio de un caserío cercano. Un par de kilómetros adelante vimos otra vez sombras en la llanura... ¿de mezquites o de casas? La ansiedad nos hacía ver espejismos al gusto. Abandonamos el vehículo otra vez y cruzamos sin linternas entre los arbustos espinosos rumbo a las sombras fantasmales, sin tomar precauciones para no pisar serpientes de cascabel. Anunciamos nuestra llegada a distancia previendo el antiguo adagio del desierto: “Los amigos llegan de día, los enemigos de noche”.

—¡Hoolaa! —gritó Héctor sin obtener respuesta alguna de la mancha oscura del horizonte.

—¡Buenaas noochees! —lo intentó nuevamente.

Esta vez, en medio del viento gris que zumbaba en nuestros oídos y nos confundía, parecieron escucharse ladridos de perros. Sí, eran benditos perros distantes que nos daban su agresiva y furiosa bienvenida.

Mientras Santiago regresaba por la camioneta, Esparza y yo avanzamos cinco minutos entre matas hasta llegar a una decena de casas oscuras. Un par de bravos canes negros nos ladraban ya casi en los pies. Al bordear las primeras fincas de adobe, aprecié una extraña sombra humana inclinada sobre el motor descapotado de una antigua y arruinada Chevrolet *pick up* 56, sin llantas y sin vidrios. Parecía la silueta de un mecánico solitario que reparaba o desmantelaba la carcacha apenas auxiliado con la tenue luz de las estrellas. El hombre se mostraba indiferente a nuestra visita nocturna. Sin pensar en mayores surrealismos me acerqué, vigilando ahora de reojo a los malditos y escandalosos perros que me perseguían fastidiosos, los mismos que minutos atrás había considerado salvadores y angelicales.

Saludé ruidosamente al mecánico y le pregunté por el nombre del pueblo. Para mi sorpresa y susto, la sombra humana salió de la trompa de la Chevrolet y me respondió con fuertes gruñidos y sonidos guturales ininteligibles; con movimientos ásperos de su brazo derecho me señalaba insistente —con furia incomprensible— hacia la izquierda.

—No sé qué dice, no entiendo; creo que dice que vayamos hacia allá —le dije a Héctor.

La sombra humana al parecer tenía discapacidad del habla, pero poseía ojos de búho porque volvió a zambullirse de inmediato con raras peripecias, en el imaginario motor de la vieja carrocería sin llantas.

Una débil lámpara blanca de energía solar se encendió, como luciérnaga en fondo oscuro, cuatro casas más adelante. Santiago —quien ya había llegado con el vehículo— y Héctor respondieron al femenino y delicado saludo que se escuchó desde una ventana; momentos después, alguien abrió la puerta de la casa. Era un gay maduro, como de 55 años, dueño de una pequeña tienda extrañamente

surtida para estar en un sitio tan distante. Le compramos cervezas heladas para celebrar la llegada.

El refrigerador —como casi todas las heladeras del desierto de Ocampo— producía hielo con fuego ante la falta de la electricidad. En la desolación de esta tierra, hasta la lógica se nutre de las raíces más profundas de las premisas: el motor de la nevera es sustituido por leña o por un fogón de gas. El calor agita el gas refrigerante de la tubería interna del congelador, luego produce el frío intenso que en breve arropa con escarcha las paredes del compartimento.

—Sí, aquí es La Morita —nos dijo el tendero con voz suave cuando resucitamos a la segunda ronda de bebidas heladas. La noche era templada, sin nubes y ya sin perros. La Morita era un pueblo casi fantasma; sus habitantes habían emigrado a comunidades cercanas y otros se habían refugiado en Estados Unidos.

—¿Cuánta gente hay aquí? —preguntamos.

—Ay, pues esta noche sólo cinco personas: el loquito que vieron a la vuelta en su camioneta, ustedes tres... y yo —respondió el comerciante.

Agradecemos las bebidas y nos despedimos para seguir a la próxima comunidad. El tendero cerró su puerta, apagó la luz solar y el pueblo se sumergió otra vez en la nada. Entre la pesada oscuridad del desierto alcanzamos a oír a través de la ventana su voz fina y perdida que sonó a reproche profundo hacia nuestra actitud:

—Se van porque quieren...

Mayo/2006



## “Ah, esos hijos de la...”

Aunque la Constitución no los permite, los retenes se multiplican en muchas rutas del país. Pese a todo, en la mayoría de nuestros recorridos por las carreteras, caminos y brechas de los estados, los encuentros con militares y policías federal, estatal y municipal, han sido cordiales. Pocos han sido lo contrario, tal vez contabilizamos siete u ocho desagradables, la mayoría con agentes de la Procuraduría General de la República (PGR), algunos con municipales y sólo uno con militares. Narremos dos encuentros con la PGR.

A finales de la década de los años noventa, en un retén ubicado en la carretera Sabinas-Monclova, Coahuila, un agente de la PGR nos hizo la señal para detenernos.

—¿A dónde van? ¿De dónde vienen? —preguntó con la enjundia típica de los gendarmes de las películas mexicanas de los años cincuentas.

—Vamos a Torreón, venimos de Múzquiz —respondió Héctor Esparza al volante de su bocho histórico de los mil y un reportajes heroicos.

El agente moreno, chaparro, rollizo, quincuagenario de apariencia, desaliñado y con cachucha y camiseta oscura y sucia que decía “PGR”, nos recordaba también a una caricatura de las historietas *Los Agachados* de Rius de los setentas; se movía y hablaba en tono inusual para un retén, pero que resultaría envidiable para un antro al amanecer. Se asomó tras el cristal lateral de la ventanilla trasera del auto, en un gesto que quiso ser de inspección, y el hombre gordo trastabilló y casi se cae.

—¿Qué *train*? ¿A qué ssee dedican, eh? —cuestionó alargando involuntariamente el sonido de la “ese”.

—Somos reporteros —dijo Esparza, lacónico.

—Aaah, ustedess sson de esos hijoss de la... —y el policía lanzó una metralla de insultos a nuestro oficio.

En la primera pausa, atrajo guturalmente algo de su garganta y lo escupió con fuerza en la carretera caliente justo a la hora del Ángelus. “Iren, íjensse bien, ¿eh? —dijo eliminando la pronunciación de las primeras letras y después de limpiarse la boca con el antebrazo— la otra vezz uno como ustedess sse me puso al tiro, ¿eh? Sse creen que lass pueden... pero no, ¡aquí ssee...!” y enfatizó esto último con gestos y movimientos obscenos de la reproductiva roquesañal y nos presumió que al colega periodista (que protestó por el trato, suponemos) le dividieron su ascendencia materna.

Confundido por la innecesaria agresividad del gendarme federal, pero esperanzado en continuar nuestro viaje en paz, comenté con la mejor frase diplomática, cantinflasca y tonta que creí disponible para el caso desde el asiento de copiloto: “No, pos sí... ¿verdad?”

El agente rollizo invadía el panorama de la ventanilla del conductor; su mirada torva y vidriosa estaba colocada en el horizonte casi vacío donde sólo había un poste y matorrales; después de un silencio incómodo y prolongado, el policía perdonavidas dictaminó: “Ustedes no ssee ven así, váyansse...”.

Se retiró del carro compacto y desafiando la ley de gravedad del planeta —entre otras, seguramente—, el gordo federal regresó como pudo con sus demás compañeros del retén.

En otra ocasión, quizá un par de años después, hablar con la verdad fue motivo de sospecha y cateo inmediato en una volanta extraña y solitaria cercana a Cuencamé, Durango.

Al retornar de Canadá después de tomar un curso, Héctor no tenía empleo alguno, pero *Nomádica* era ya un proyecto periodístico. Atardecía cuando transitábamos de la ciudad de Durango con rumbo a Lerdo.

—¿Dónde me dijo que trabajaba? —preguntó nuevamente el individuo que nos marcó el alto y que no portaba uniforme militar ni identificación de la PGR.

—No tengo trabajo todavía, acabo de regresar a México —le aclaró Héctor.

El presunto policía vio el auto Cavalier del año propiedad de la familia Esparza y le ordenó, sin más, orillarse a la orilla. Al bajarnos del auto, el supuesto vigilante sacó enseguida un desarmador de su bolsa trasera y trató de quitarle las bocinas del estéreo de la puerta delantera.

Yo había permanecido en silencio para descifrar si en realidad se trataba de un retén de agentes o de asaltantes. Por mi observación del sitio deduje que eran agentes (aunque el *modus operandi* y la ausencia de uniforme indicaran la otra posibilidad), porque, pensé, si fueran asaltantes de bocinas se llevarían como un plus el estéreo, las cintas y el auto para evitar la fatiga.

—¿Quién es su jefe inmediato? ¿Quién es el responsable de este lugar? —cuestioné apostando en el fondo a no equivocarme en mi deducción elaborada, según yo, al estilo del clásico personaje de Conan Doyle.

Otro tipo sin uniforme y con la pistola al cinto frente a su gran panza, me salió al paso y dijo que esa era la rutina autorizada. Argumenté que no tener empleo no era delito ni motivo de cateo, salvo que él me lo pudiera justificar con base a derecho.

—¿A qué se dedican? —me preguntó el jefe de la banda sin uniforme. Al enterarse, lanzó un chiflido al desmantelador de bocinas y ordenó:

—¡Déjalos!

—Pero, jefe... —balbuceó el subordinado con el desarmador en el aire y sin haber alcanzado a sacar el primer tornillo de la puerta.

—¡Déjalos, con una chin...!

Septiembre/2006



## **“A mí no me engañan; ningún periodista toma paisajes”**

**E**l sol tenía tres horas sobre el horizonte seminublado, así que no podíamos presumir de madrugadores cuando transitábamos sobre la autopista Matamoros-La Cuchilla. Era octubre, el mes lunar según la canción, y el clima otoñal no rebasaba los 22 grados centígrados. Sobre los retazos de cielo azul de la mañana, la luna, con su discreto cuarto menguante, iniciaba su descenso del cenit. A simple vista, al gajo satelital se le apreciaban las tenues manchas oscuras del Mar de las Lluvias hacia el norte, y el Océano de las Tempesdades hacia el oeste. Pensamos en esos nombres tan evocadores y provocadores: los *mares* secos que nunca fueron mares allá en el espacio, y La Laguna seca que nunca volverá a ser laguna, aquí en nuestra comarca, bajo nuestros pies.

Íbamos mi familia, el socio Héctor Esparza y yo en la Combi *Westfalia* guarnecida con lo elemental para una salida breve de dos

días a Parras de la Fuente y, sin presiones de horarios, la velocidad crucero de la cámara era menor a la de cualquier periférico urbano. El paisaje campirano nos atraía, aunque el insuficiente diseño de la carretera, al carecer de acotamiento, volvía peligroso cualquier intento de detenernos, así fuera por una leve descompostura o por los deseos insalvables de *ir al baño* en la pradera.

Bordeaba nuestro flanco norte la Sierra de Texas, una caliza charrita de mil 300 a mil 400 metros de altitud y de 17 kilómetros de longitud. Sabemos que la historia nacional sigue en deuda con esta aislada y modesta saliente de la Sierra Madre Oriental ubicada en Matamoros, Coahuila, porque en la época juarista uno de sus entonces secretos rincones llenos de murciélagos cobijó una parte del Archivo General de la Nación.

Al contemplar aquella mañana esas elevaciones calizas coronadas por un amplio y denso cúmulo de nubes bajas, la parada fotográfica se hizo necesaria. Lo hicimos bajo una de esas pesadas elevaciones de concreto que cruzan perpendicularmente la autopista. Nidales de palomas abundaban bajo las gruesas vigas de hormigón y una veintena de aves volaron espantadas ante nuestra invasión. El puente sirvió de excelente mirador para nuestro equipo de video y de fotografía. El paisaje de nubes, cerros y palomas redituó imágenes aceptables para el archivo de la revista.

Al vernos arriba, el conductor de una camioneta se detuvo en la autopista, se asomó por la ventana y con mímica imperativa cuestionó en silencio y a distancia:

—(¿Qué hacen?!)

—(¿Qué hacemos de qué?) —respondió Héctor Esparza con pantomima similar desde el puente.

—(¿Cómo que *qué hacen de qué?*) —pareció interrogar nuevamente el autonauta en este peculiar diálogo de mimos en despoblado, pero esta vez lo hizo con movimientos de brazos y gestos de enfado.

Ya no vio la muda respuesta de Esparza, quien con brazos y manos le dijo que realizábamos tomas de video y fotográficas en estas latitudes, dada la buena perspectiva de cúmulos, orografía y fauna. Ni Marcel Marceau lo hubiera superado.

El tipo aceleró su *pick up* para subir con ella hasta donde nos encontrábamos.

—¿Qué andan haciendo aquí? ¿Por qué no piden permiso? —preguntó de viva voz—. Nosotros no tenemos ningún inconveniente para mostrarles las instalaciones, pero no vengan furtivamente. Si hablan con el licenciado responsable del área, seguro los atiende y yo les muestro cómo trabajamos. Pero si quieren ver la nueva planta, ahí sí no tengo injerencia, tienen que tramitar otro permiso. Pero antes que nada pidan siempre autorización. Así como vienen, ¡no!

Se trataba del gerente de operaciones del basurero municipal de Torreón. El confinamiento de desechos ubicado en Matamoros es administrado por una empresa particular y estaba, efectivamente, en el costado sur de la autopista.

Defendimos la libertad de usar el puente y explicamos que no estábamos ahí por el basurero sino por el paisaje.

—No, cuál paisaje; a mí no me gustan nada esos paisajes. Digan, ¿a qué vienen?

—Cómo, ¿por qué no le gustan? ¿No es usted de aquí?

—¿De aquí? ¡Ni lo mande Dios!

—¿De Monterrey, entonces?

—¡Mucho menos!

Toda argumentación paisajística y de índole estética resultó inútil. El funcionario privado fue ajeno a cualquier otra motivación que no fuera la de cuidar el basurero privado de PASA de las miradas no autorizadas por el “licenciado de la compañía”. Antes de continuar nuestro viaje a Parras, nos espetó su preocupación similar a la de quien guarda un secreto de Estado, o de quien se sabe un conspirador descubierto: “Miren —dijo el gerente con tono severo—, ustedes no me engañan, ningún periodista viene aquí con ese equipo a tomar fotografías de paisajes”.

Y se retiró furioso e incrédulo.

Noviembre/2006



## La barata filosofía de la meseta

• Vamos, tú puedes, la meta está cerca! —gritaba desde unas rocas más arriba el socio Héctor Esparza, próximo a la cúspide de la meseta Marte. La meseta, de apenas 140 metros de altura, es una solitaria formación geológica repleta de caracoles fósiles que domina el paisaje del amplio valle del municipio de General Cepeda, Coahuila, en el trayecto de la carretera Saltillo-Paila.

Con porras, Esparza trataba de animarme a subir el último tramo del cerro. En realidad yo no estaba agotado sino a punto de caer. Esto se debía a que por lo escarpado del terreno la mochila hacía un contrapeso que impedía moverme; ya tenía rato atorado en ese desequilibrio pese a que la escalada era poco riesgosa en apariencia. Pero ocurrió que habíamos escogido una ruta nueva y mala dado que perdimos la vereda original después de pasar frente a unas cuevas pequeñas.

La pendiente de rocas de apariencia arenosa y fragmentada por la erosión tendría tal vez una inclinación de 55 grados, o al menos así se percibía en el terreno. Lo cierto es que si me soltaba rodaría hasta una saliente pétreo llena de cactus y agaves que estaba doce o quince metros abajo.

—¡Un esfuerzo más, ánimo! ¡No hay que rendirse, la cima está al alcance! —las frases del camarada eran apropiadas para el contexto. Me hacía falta el ánimo suficiente para el siguiente paso. Y, sin embargo, pudiera ser que por ello les empecé a dar otro sentido:

—¡Esas son frases chafas; son frases baratas de Miguel Ángel Cornejo! —dije sin avanzar un milímetro y sin despeñarme en el colchón de cactus.

Fue cuando reflexioné sobre la falsa filosofía del triunfador —o la motivación chatarra— escrita en miles de *best sellers* que hace tiempo el escritor británico Gilbert K. Chesterton definió con puntería como *La mentira del éxito*, porque “no enseñan a la gente a triunfar, pero sí a ser arrogante sin razón”.

Y entonces, con ese impensado buen ánimo de todo arrogante irracional que ha leído basura de superación personal, me dije: bueno, ya estoy aquí y la cima se encuentra cerca. Pienso que si lo realizo será por el placer y el reto de hacerlo. Luego imaginé que la roca sólida y de buen tamaño que estaba arriba a mi alcance podría ser un buen apoyo si me esforzaba por llegar a ella. Imaginé a la piedra como la proyección de la solidez del carácter para soportar el ascenso. Casi la comparé con lo firme de mis principios. De lograrlo, sería yo todo un triunfador, como dicen los fraudulentos libros del éxito. Y con todo esto en mente, y con la confianza fortalecida, traté de asirme al pedrusco salvador. Apenas puse mi mano sobre la gran roca que simbolizaba toda mi fortaleza y mis valores, ésta se desprendió sin esfuerzo y casi me arrolla. Me hice a un lado con rapidez y resbalé un poco en la pendiente. Al mirar asustado hacia abajo, alcancé a ver rodar aparatosamente “mis principios”, estrellarse contra las salientes de otros estratos, pulverizarse en instantes y enseguida desaparecer entre el universo de espinas que me esperaba paciente.

Vaya metáfora. Esparza rió de buena gana al describirle mis enajenaciones mentales, mientras yo maldecía a Og Mandino, Elmer Wheeler, James T. Mangan y demás *paqueros* de la superación.

Ya en mejores condiciones de equilibrio, me quité la mochila, saqué una soga ligera y se la lancé al socio. Así subimos el equipo.

Sin la carga física y sin el conflicto intelectual de la filosofía chatarra, me sentí más cómodo. Entonces hice otra reflexión más apegada a la realidad: “La única forma de llegar a la cima, es arrastrándose”, pensé sin saber que construía otro glorioso aforismo, pero que al contrario de los anteriores, éste era de una exactitud matemática y amoral en sus consecuencias y, por lo mismo, jamás se consignaría en los libros del éxito personal y comercial.

Y por la eficiente forma en que reptamos para llegar a la pequeña y plana cúspide, cavilé días más tarde en la posibilidad de escribir un “libro basura” sobre cómo trepar las cimas sin arrogancia racional o irracional y, sobre todo, sin “principios” enajenantes que nos puedan estorbar o aplastar.

Aunque luego desistí de esa idea tan extravagante porque me pareció que la filosofía de arrastrarse es muy habitual en otras hazañas exitosas, en las que, no obstante, nunca existe siquiera un cerro por escalar.

Enero/2007



## En la boca del lobo

**E**ra el invierno de 1999 y lo pasábamos en plena sierra boscosa de Durango, en las instalaciones de la reserva de la biosfera de La Michilía. El frío de febrero nos había levantado de madrugada para, primero, bañarnos con hielos filosos en la regadera, y luego para salir a contemplar el criadero de lobos *canis lupus bailey* enfrente de la finca.

Era el criadero de lobos mexicanos programado para salvar a esta especie de la extinción debido a la fobia de los ganaderos. Es conocido que desde hace casi dos siglos, los lobos tienen en los señores que gustan de criar y coleccionar vacas a depredadores anti-naturales. A mediados de la centuria pasada se les cazó sin piedad, tanto en Estados Unidos como en México (a los lobos, por supuesto, no a los señores que gustan coleccionar vacas), y las cifras revelan el salvajismo de la civilización con mentalidad ganadera: 12 mil 400 lobos arrasados en Sonora y Chihuahua; y exterminados en Nuevo México, Arizona y Texas, según un estudio realizado por la Universidad Nacional Autónoma de México (Cerda, Soberón).

Con estos antecedentes, no nos extrañaba que la decena de lobos grises enjaulados nos observaran desconfiados, sigilosos. Conforme

nos acercábamos ellos se retiraban a paso lento, sin quitarnos su mirada aguda, intuitivos, certeros de que aún sin armas, nosotros teníamos pinta de ser ganaderos exterminadores por el simple hecho de parecer ganaderos sin vacas.

Veinte metros atrás de la primera jaula, en un espacio más amplio, un gran lobo de tonos más contrastados se movía nervioso. Su mirada penetrante nos inquietaba. Corría hacia el límite de la reja y luego regresaba ansioso hacia el otro extremo, buscando cómo llegar a nosotros. Aparte de su color, ese animal sobresalía por su mayor tamaño sobre los otros grises.

—¿Ya viste ese lobo? —preguntó Héctor Esparza entre los árboles del tupido bosque de La Michilía.

—Sí, por algo lo habrán encerrado con la doble malla —dije tranquilo por mi observación y por la suficiente distancia que nos separaba del enorme cánido.

Sin dejar de mirarnos, el animal no paraba de correr de un extremo a otro dentro de su cautiverio. Era evidente que lo habíamos alterado con nuestra presencia. De pronto dejó el desplazamiento hacia sus flancos y se alejó al área posterior de la reja.

—Vaya que le dejaron un patio grande —comenté mientras trataba de entender el mecanismo de la cámara fotográfica reflex china que no disparó una sola foto por falta de luz.

—Debe ser un animal que por su tamaño necesita más espacio —asintió Esparza.

Los papeles habían cambiado. Ahora éramos nosotros quienes no le quitábamos la vista al enorme lobo. Lo vimos correr al fondo, luego atrás de cuatro mallas muy altas y casi lo perdimos. Se veía muy agitado. El *canis* conocía su terreno y corría y corría.

—Oye, ahí viene otra vez, pero ahora por este lado —balbuceé al tiempo que señalaba hacia mi izquierda.

Apartamos la mirada del animal para indagar sobre los límites de la jaula.

—¿Dónde está la reja de aquel lado?

Era demasiado tarde. No supimos cómo pero el lobo salió del conjunto de jaulas por un extremo y se encarreró libre hacia noso-

tros. Imposible huir. Me quedé petrificado y sin saber qué hacer. Igual Esparza. A pesar de que yo era la víctima más al alcance de sus afilados dientes, el atemorizador lobo pasó largo frente a mí, se detuvo diez pasos más a mi derecha ante Héctor y empezó a olfatear. De pronto, el corpulento cánido se lanzó sobre Esparza sin derribarlo y quedó con las enormes patas sobre sus hombros y con las mandíbulas babeantes y abiertas frente a su rostro.

Héctor sólo atinó a decir: “Lobo, lobito, lobito (luego trató de silbar nervioso varias veces, como llamando a un perro)... Lobito, lobito...”.

Ante la mirada y dominio del imponente animal, el camarada trató de ser más persuasivo: “Lobito, lobito... Yo no soy Caperucito, lobito...”.

El animal escuchó ruidos y huyó veloz al otro lado del camino. Después del gran pánico que hasta el frío nos quitó, nos refugiamos de inmediato en las instalaciones del laboratorio con poca fortuna: el encargado era un extremoso liberal de puertas abiertas.

Y como buen profeta que soy, no tardó el destino en olfatearnos y pasar lo que tenía que pasar: en breve, el inquieto lobo nos encontró de nuevo y reinició el acoso. Al ver el rictus de horror en nuestro semblante, el guardia, que venía justo detrás del *canis*, ordenó: ¡Ven acá, *Gitana*, vente hermosa! ¡Ven preciosa!

El lobo feroz resultó ser una juvenil perrita juguetona que cuidaba el laboratorio de la Reserva, una perrita lobo de Alaska.

Obvio, ante tal desdoro de nuestra conducta, el escaso honor de reporteros de aventura se fue al infierno.

Qué vergüenza.

Marzo/2007



## **El diablo en un pueblo sin ley y sin luz**

**S**í, aquí mataron a un turista gringo y la policía tardó muchos días en llegar desde Ocampo. El que lo mató todavía se quedó un tiempo rondando la comarca antes de huir. Sucedió hace poco, hará como tres meses.

Fue la historia que nos recibió dos horas antes del oscurecer en Boquillas del Carmen, en los límites del norte de Coahuila junto al río Bravo en la frontera con Estados Unidos, a 220 kilómetros de Múzquiz al oriente, o 150 de terracería desde la cabecera de Ocampo si se llega del sur. Fueron estos viajes veraniegos los inicios de nuestro “periodismo de aventura”, hace doce años. Boquillas del Carmen, Ocampo, con un sumario de treinta casas, fungió en un tiempo como una de las fronteras favoritas para el contrabando, pero luego el cascarón de la pequeña aduana abandonada fue acondicionado como sencilla enfermería y estaba atendido, cuando arribamos en 1995, por una rubicunda joven norteamericana que realizaba un voluntariado de salud por las rancherías fronterizas.

A pesar de su austeridad y lejanía en el fin del mundo, Boquillas ostentaba una pequeña fonda y tienda de chácharas para el escaso turismo en dólares que brincaba los 19 metros que lo separaba del parque nacional *Big Bend*, en Texas, al otro lado del río. La construcción de concreto y pisos de mosaico lucía bien atendida por José Falcón, un quincuagenario de rudo carácter, postrado en silla de ruedas debido a una volcadura de camioneta hacía años. En su negocio se ofrecían desde el patriótico tequila hasta figuritas prehispánicas de yeso, barro y madera que llenaban sus vitrinas, sin faltar los abigarrados calendarios aztecas de diámetros variados y manejables. El menú de la fonda resultaba elemental en comida mexicana y preparado con base en conservas trasnacionales.

—Sí, éste es un pueblo sin ley. Aquí no hay policía, ni juez ni nada.

—¿Por qué mataron al gringo?

—Para asaltarlo, ¿para qué más?

Cerca del patio del local, el breve caudal del Bravo susurraba. El bosque de galería, el clima fresco, los aromas de cargada humedad y los escuadrones de mosquitos sanguinarios formaban parte del escenario típicamente ripario, musicalizado por una interminable sinfonía de graves y agudos entonada por las ranas y los grillos al oscurecer.

—Pueden quedarse aquí conmigo si no tienen a dónde ir —nos invitó don José después de cenar en el pequeño comedor a la luz de un quinqué de petróleo.

—¿Y dónde podemos dormir, don José? —preguntó Esparza, después de agradecer la inesperada hospitalidad.

—Allá afuera, tirados en la banqueta, en la orilla del restaurante. Espero no le teman a los alacranes, arañas y víboras... No, yo creo que no les temen, si no, no sé qué andarían haciendo por acá.

Ya tendidos en la banqueta, usando magros cobertores como colchones —que era todo el equipo de campamento que portábamos en aquella época—, no pudimos dormir. Sin embargo, las razones de nuestro insomnio no fueron, como podría pensarse, las escuálidas colchas ni el severo piso de cemento sino algo más ridículo.

—¿Viste las sombras que nos pasaron cerca después de la medianoche? —preguntó Esparza.

—Sí, pero y eso qué ¡Yo estaba alerta por los alacranes! Montones de bichos se subieron al cobertor. ¿No te diste cuenta?

—Sí, pero los alacranes no asaltan.

—Pero y eso qué ¡Las sombras no envenenan!

Era casi el amanecer.

En el primer recorrido por el diminuto pueblo, el *Diablo* se nos apareció de la nada, nos siguió de cerca por varios senderos sin dejar de mascullar maldiciones al aire y mentándonos la madre sin interrupción. “¡Déjalos, *Diablo*, no molestes! ¡Vete!”, gritó una señora santa desde un corral mientras daba de comer a las gallinas y a los marranos. El presunto Lucifer era un loco vestido de negro, sucio, barbado, flaco y de mediana edad. Dio media vuelta y se retiró mentándola contra nosotros, contra la señora y contra el aire.

Más adelante, cuando recorrimos la orilla del río, observamos que los postes de la electricidad abatían sus cables entre la maleza, sueltos, sin conexión a ninguna parte. A pesar de tener instalaciones de luz en las casas, Boquillas del Carmen era un pueblo sin corriente eléctrica. Dedujimos, por tanto, que el surrealismo tenía mucha energía en este lugar.

Pero la razón fue más sorprendente todavía. Para expresarlo con propiedad, la razón nos pareció incluso la línea de un poema extraviado: “En su vuelo, el halcón peregrino nos dejó sin luz”, declamó la señora santa dueña de los marranos, la misma que había espantado al *Diablo*.

El vuelo de un ave dejó en la oscuridad la tierra del fin del mundo. Debemos decir que ese poema es verso de otra historia.

Mayo/2007



## Deportados en una tarde de verano

**A**l encontramos en Boquillas del Carmen, municipio de Ocampo, Coahuila, en la frontera mexicana con Estados Unidos, nuestro plan era cruzar el río Bravo para conocer el parque texano Big Bend. A pesar de la poca profundidad de las aguas, una oxidada lancha de remos ofrecía el servicio de llevarnos del tercer mundo al primero en cuestión de tres minutos sin mayores trámites de pasaportes ni visas en pleno desierto, documentos que ni siquiera portábamos en nuestras mochilas. Cobraba el dueño de la balsa algo así como cinco dólares por persona, pero nos aceptó menos de uno en pesos de 1995.

Transportábamos apenas lo indispensable para el trabajo de prensa, es decir, la grabadora de aquel tiempo para entrevistas, una libreta, plumas, y la veterana cámara fotográfica, además de un voluminoso garrafón de veinte litros prestado para comprar gasolina en Estados Unidos, dado que el épico *bocho* de Héctor Esparza llegó al rincón del mundo con puro aire en su tanque. Con los recursos contados en centavos hasta la comida pensábamos adquirir sin cargo a los viáticos, y el único plus a la mano para obtener crédito inmediato era nuestra desgarrada estampa de periodistas “comprometidos” por la causa ecológica, cualquier cosa que eso significara.

Y, en efecto, los guardabosques estadounidenses de origen cochino no fueron inmunes a nuestro “compromiso ecológico”, aunque la indigente estampa que portábamos debió ayudar en buena razón. Ellos captaron a tiempo la idea de que andábamos hambrientos y no traíamos dinero para el *lunch* —además porque se los dijimos varias ocasiones en correcto castellano. Con gentileza espontánea nos invitaron a comer en el restaurante del Big Bend sin cuestionar nuestra estancia ilegal en el parque.

Era un privilegio estar ahí sin pasaporte, visa, boleto ni dinero, y encima pedirles a las autoridades norteamericanas que nos invitaran a comer. En realidad, para cruzar el río nos habíamos colado con un grupo de trabajadores mexicanos que daba mantenimiento al bosque texano. No obstante, los vigilantes no sólo nos invitaron la comida, sino que también nos mostraron el parque, nos llevaron a recorrerlo en sus cobijos, y nos contaron la historia de la región y sus proyectos de conservación y turismo. Hablaron de la envidia que sentían por Coahuila, con su reserva de Maderas del Carmen y su población de oso negro que, para fortuna de los gringos, empezaba a migrar a los Estados Unidos, justo al Big Bend.

Luego los guardias nos llevaron a comprar gasolina y enseguida nos deportaron, como buenos amigos, hasta la lancha de retorno.

Al regresar en la barca, vimos otra vez los postes sin luz de Boquillas del Carmen y recordamos el verso reseñado en la edición anterior: “En su vuelo, el halcón peregrino nos dejó sin luz”. Esto fue lo que nos contaron al respecto: aconteció que la corriente eléctrica iba a ser conducida desde Estados Unidos a México por un tendido de cables que cruzarían encima del Bravo. Pero la protesta de grupos ecologistas norteamericanos de que el halcón pudiera chocar con esos alambres en su ruta natural sobre el río, hizo que el proyecto se suspendiera de inmediato. Por eso el cableado quedó tirado entre los matorrales y el pueblo sin energía.

Desembarcamos en México con el sol quemante de las cuatro. Todavía no bajábamos nuestra carga de combustible en Boquillas cuando un niño salió entre los arbustos y corrió hacia nosotros, tendió su mano y dijo en un extraño inglés: “Givmiaguandolar”.

—¿Cómo, qué pasó, qué dices?

—¡Givmiaguandolar, givmiaguandolar!

Por supuesto que no le dimos nada porque nuestras finanzas estaban peor; pero apenas lo dejamos, otros tres pequeños menesterosos bilingües salieron con el mismo coro y coreografía: “Givmiaguandolar, givmiaguandolar”, y con las manos tendidas como agujas de peaje, nos obstruían el paso. Con la marcha lenta, el garrafón lleno de carburante se hizo más pesado en kilos y en pestilencia. Al vernos con menos recursos que ellos y con cara de cansancio, los inteligentes chamacos ni siquiera se ofrecieron a ayudarnos con el equipo ligero para ganarse el dólar.

Cargamos el auto para el retorno, el *bocho* que se veía raro en un mundo de enormes camionetas cuatro por cuatro de gran altura, “las únicas que pueden andar en estos caminos”, como dijo un campirano.

Fue la aventura de ir a Estados Unidos de mojados, alimentados, paseados y deportados en una tarde de verano.

Julio/2007

## Cuando del cielo cayeron estrellas de hielo

**D**e la frontera noroeste de Coahuila, colindante con Texas, iniciamos el retorno a Torreón en el Volkswagen sedán cargado con gasolina traída desde los Estados Unidos en una expedición punitiva de nuestra parte. A poca distancia de la salida de Boquillas del Carmen, Ocampo, rumbo a Múzquiz, nos topamos con una brigada de pobladores que removía el sedimento de un arroyo grande ubicado a cien metros de nuestro camino polvoso. Pasaban de las cinco de la tarde y hacia el oeste se levantaba un gigantesco lienzo de nubes negras. Del agujero del riachuelo donde cavaban emergía una estructura encorvada, café oscura, sin forma aparente desde nuestro ángulo de visión.



—¿Pos qué creen que sea? —respondieron los brigadistas con otra pregunta a nuestro cuestionamiento. Aquello parecía un inaudito dinosaurio de fierro. Sin embargo, al trepar los montones de tierra removida, se asomó parcialmente la respuesta del misterio: grandes ruedas inclinadas eran visibles entre los estratos del fango seco del arroyo. Se trataba de una motoconformadora cubierta de sarro que mucho tiempo atrás fue arrastrada, volteada y sepultada por una tormenta en el arroyo. Apenas la habían encontrado y empezaban a rescatarla. Nuestra novatez periodística no ordenó ninguna fotografía y continuamos por el camino rumbo a la muralla de agua.

La tarde se nubló aplastante. En minutos, la fuerte lluvia empezó a cerrar las brechas por las crecidas de los tributarios del Bravo y los vientos sacudieron los matorrales. El espectáculo del agua al caer en el desierto siempre es conmovedor. Lluvia, viento, relámpagos y granizo envolvieron al paisaje serrano. El *bochito* no se inmutó en los caminos anegados y los arroyos renacientes.

El granizo cubrió de blanco la tierra, como una nevada intensa en pleno verano. Dos horas antes y cuarenta kilómetros atrás, cuando surcábamos el río Bravo en lancha, el clima era abrasador y sofocante. Ahora el ruido del hielo al golpear la carrocería del Volkswagen era ensordecedor. Estábamos sorprendidos en una lluvia de hielo y de descargas eléctricas. Caían piedras del cielo. Piedras de gran tamaño. Los hielos semejaban mandarinas con púas. Eran estrellas que caían a gran velocidad entre rayos y truenos, y fue por azar que el granizo no rompiera ningún cristal del vehículo.

Al amainar un poco la tormenta y fascinados por el espectáculo, bajamos del auto para fotografiar y recoger varias muestras del gran hielo espinoso. La osadía, como era de esperarse, no resultó impune: acusamos moretones en varias partes del cuerpo, además del riesgo de una descalabrada acompañada de un *knock out* inmediato y en frío.

Pero hubo un riesgo mayor. Cuando recolectábamos las estrellas blancas, percibimos una rara sensación de cosquilleos en los vellos de los brazos. Sentíamos los pelos “electrizados” por la tormenta. Tal vez estuvimos a una chispa de engrosar la elevada estadística

de campistas electrocutados por relámpagos y llevarla más allá del treinta por ciento.

Años más tarde, cuando leímos a Charles Darwin, encontramos que en su obra *Viaje de un naturalista* describe un fenómeno sucedido en Argentina que se hermana —con sus debidas proporciones— con el del norte de Coahuila:

16 DE SEPTIEMBRE DE 1835. Aquí (en la sierra Tapalguen, Argentina) me refieren un hecho que no hubiera podido creer si no hubiese sido en parte testigo presencial de él. Durante la noche anterior, un granizo tan gordo como manzanas y en extremo duro, había caído con tal violencia que causó la muerte a un gran número de animales salvajes. Uno de los soldados encontró trece cadáveres de ciervos.

Gran número de aves más pequeñas, como patos, halcones y perdices, habían quedado muertas. (...) Me dijeron que la tempestad sólo produjo estragos en una extensión de terreno poco considerable. En efecto, desde nuestro campamento de la noche última habíamos visto una nube muy negra y relámpagos en esa dirección.

Dejamos atrás todo eso hace doce años. Recordamos que nos hospedamos en Múzquiz, y al día siguiente estábamos en Torreón.

Septiembre/2007



## El jarabe de oso

El primer intento por fotografiar osos en los picos de Cuatro Ciénegas y Ocampo acabó bajo el espanto de una noche agitada con descargas eléctricas y veloces vientos que nos sorprendieron de última hora en plena cúspide.

La segunda ocasión que trepamos la sierra La Madera, justo un año después, el clima veraniego fue más benigno, más soleado y más caluroso. El desafío era toparnos con algún esquivo oso, fotografiarlo a distancia y bajar sin demora el mismo día los dos mil 600 metros de altitud de los picos cieneguenses.

Se cumplió a cabalidad el ascenso y descenso maratónico en casi trece horas sin parar. Del oso sólo supimos de su esencia en las alturas, según nos dijeron nuestros guías.

Partimos de madrugada y con el agua restringida debido a que en el campamento base, situado en el ejido El Oso, un garrafón de veinte litros azotó contra el suelo y se partió. “No hay problema, arriba hay tres manantiales donde podemos cargar agua”, alentó el ejidatario que dirigió la marcha.

El ascenso nos cobró una cuota física mayor por ser sedentarios recalitrantes y aventureros de escritorio. Los siete kilómetros de vereda hacia la cima nos hicieron arrojar los pulmones a cada paso y sentir el corazón tamborilear ritmos insurrectos en el pecho. “Ya falta poco —decían los campiranos—, sólo pasando ese reliz”. Ese reliz se advertía siempre lejano para nuestras almas moribundas y, además, las cantimploras empezaron a vaciarse.

Abajo, el ejido El Oso, Ocampo, a donde pertenecían los dos guías, también se veía distante. La sierra La Madera es un pliegue montañoso de 90 kilómetros de longitud que se dilata de oriente a poniente, y desde las alturas parece una gran lagartija de rocas calizas.

—Ya falta poco; ahí, en los pinos que se ven arriba, está el primer manantial —nos reconfortaron los líderes.

El agua se nos acabó y el primer manantial resultó un montón de rocas secas.

—Qué raro, pero lo bueno es que falta poco para el segundo; ése siempre tiene agua.

Llevábamos seis horas ascendiendo cuando alcanzamos el segundo ojo de agua en medio del bosque de pinos; lo encontramos lleno de fango, mucha humedad pero ni una gota de líquido. “¡Ma!, pos si siempre tenía. Vaya, la sequía está pegando dura”, dijo el guía rascándose la cabeza. “Pero falta poco para el de mero arribita. Ojalá ése si tenga agua”. Esos “falta poco, falta poco” se escuchaban áridos y hastiaban nuestra corrosiva sed.

Cerca de las dos de la tarde arribamos al tercero y por fortuna no estaba seco. Pero el “manantial” era un espeso y diminuto charco de un metro y medio cuadrado de superficie, por medio de profundidad, y olía a pantano. Decenas de insectos ahogados flotaban y una viscosa lama alfombraba las honduras. Plantas podridas yacían en las grietas del entorno, y muchos gusanitos cafés y blancos de diferentes grosores nadaban impetuosos y se perdían entre las hojas muertas y grises sumergidas.

Uno de nuestros guías no dio importancia a la calidad visible del agua, e hizo una cuchara con su mano, la hundió y tragó luego un sorbo con el regodeo de los sedientos. Movié repetidamente sus labios, sacó la lengua varias veces, limpió su boca con la manga de su camisa sudada y, como todo buen catador de aguas serranas, dijo: “Ya vino el oso”.

Hicimos muecas de desagrado y pensamos que lo mejor sería aguantar el regreso. Cuántas enfermedades se nutrirían ahí. No, de esa agua jamás beberíamos. Nunca... Pero por si acaso, filtramos con el pañuelo en dobleces múltiples un poco en las cantimploras. Pero sólo por si acaso. Una vez llena, le pusimos ración doble de gotas desinfectantes, y a esa repugnante mezcla líquida de gusanos, insectos, plantas y esencias, le llamamos *el jarabe del oso*.

Alcanzamos la cima y no vimos ningún animal, comimos ligero e iniciamos el descenso. La sed caló muy fuerte y caló en los escrúpulos higiénicos. Y caló seco. En breve reflexión que más pareció una oración religiosa de arrepentimiento, iniciamos el rito de la resurrección con el agua. En menos de un par de horas vaciamos las

cantimploras de su asqueroso pero todavía refrescante jarabe salado y amargo.

Las siguientes cuatro horas de bajada, ya sin agua, sin brebaje, sin escrúpulos y sin arrepentimiento, devoramos tunas calientes, jugosas y espinosas para saborear su néctar.

Para los ejidatarios guías el ascenso quizá fue un día como cualquier otro. Para nosotros, que íbamos a captar al oso, implicó que sólo hicimos el ídem sin recatos.

La segunda ocasión lo tomamos, sí, pero no en fotografías, sino en “jarabe”.

Vaya aventureros.

Septiembre/2008

## Ovni casi se vuelca en la Zona del Silencio

Todo principió el 24 de junio de 1947, cuando el piloto Kenneth Arnold vio nueve objetos sobre el cielo del estado de Washington y denunció el suceso a los periódicos. “Cuando hablé con la prensa no me entendieron bien, un periódico y otro lo embrollaron de tal modo que nadie sabía de qué hablaban. Esos objetos revoloteaban como si fueran barcos en aguas muy movidas... Y cuando describí cómo volaban, dije que eran como si cogiera un platillo y lo lanzara a través del agua. La mayoría de los periódicos lo interpretaron mal y citaron incorrectamente. Dijeron que yo había dicho que eran como platillos”, manifestó Arnold en una entrevista tres años después. Y desde entonces, la prensa llamó platillo volador a toda nave de supuesto origen extraterrestre, según lo refiere el astrónomo Carl Sagan en su obra *El mundo y sus demonios* (Planeta, México, 2006).

Una vez desatada la invasión extraterrestre los platillos aparecieron en la psique mundial: el anticuado ovni de George Adamsky, el turístico platillo de Roswell, las abducciones psicológicas de los Hill, los círculos de arte efímero con mensajes cósmicos en los cultivos y, naturalmente, los ovnis luminosos en la Zona del Silencio.



Fue fama gratuita, pero en efecto, la reserva de la biosfera de Maimí, en Durango, ubicada a 150 kilómetros al norte de Gómez Palacio, es también conocida como la Zona del Silencio por los aficionados a los fenómenos paranormales y ufológicos, y contiene historias no terrenales de avistamientos. La región adoptó el sobrenombre casi musical cuando a finales de los años sesentas el periodista Miguel Ángel Ruelas encabezó en *El Siglo de Torreón*: “Hay cerca de Ceballos, Durango, una zona de silencio”, en referencia a la incomunicación ocasional por radio que desde aquel distante sitio sufría Harry de la Peña, ingeniero de mantenimiento de las líneas de Pemex.

Como fondo para el exitoso sobrenombre de la región, repicaba la propaganda de la llegada del Apolo 11 a la luna, la extraña caída de un cohete militar estadounidense en Ceballos y la existencia de una tortuga endémica a punto de desaparecer del planeta. Todo lo anterior puesto en perspectiva, daba el ritmo apropiado para los relatos del tercer tipo.

Y así sucedió. Uno de estos relatos nos fue narrado por una reportera del diario *La Opinión* de Torreón, hace dos décadas. Ella fue invitada en aquella ocasión para realizar la crónica de un contacto con extraterrestres. Pero dadas las características del trabajo periodístico, éste jamás fue publicado. Ante la imposibilidad de localizar a la compañera periodista —al parecer vive en España— para corroborar la historia, reconstruimos la anécdota en su parte medular.

Relató la colega que aquella sesión en campo con varios participantes fue convocada por Raúl Pérez, antiguo administrador de un bar taurino y posterior practicante de filosofías espirituales que devino entusiasta del fenómeno ovni. Esa noche del encuentro en el desierto, el cielo lucía nítido y las estrellas refulgentes. “Estábamos sentados en círculo, y don Raúl empezó con lo que él llamó el trance telepático para vincularnos con los hermanos extraterrestres —contó la reportera—. El ufólogo prendió una lámpara grande y empezó a hacer señales hacia uno de los puntos cardinales de la bóveda celeste; lo hacía de manera intermitente, como una especie de clave Morse. Apagaba y prendía, apagaba y prendía. Nosotros veíamos lo hermoso del cielo de la Zona del Silencio.

“El señor Pérez pronunciaba un nombre raro que invocaba con insistencia: ‘Hermano... (No recuerdo el breve nombre pero llevaba una K: Erk... Urk no sé), hermano, hermano’.

“Nos sorprendimos cuando en el horizonte oscuro hacia la parte baja donde él apuntó su lámpara, apareció una intensa luz lejana que subía, bajaba, y se apagaba; luego prendía, subía y bajaba otra vez. Un sonido lejano se empezó a escuchar.

“Satisfecho, Pérez dijo que el contacto estaba logrado, y que deberíamos estar atentos ante la llegada de los hermanos extraterrestres. Había mucha expectación en el grupo. La luz cada vez más cercana, subía, bajaba y se apagaba; y luego otra vez.

“Y así fue: en breve, en medio de una gran nube de polvo y un gran rugido de motor, bajaron de su *nave* los hermanos convocados: eran dos trabajadores (al parecer de la entonces Secretaría de Recursos Hidráulicos) que venían alarmados porque vieron la luz destellar en la nada, y creyeron que se trataba de una llamada de auxilio de gente perdida en el desierto”.

—Veníamos volando, brinque y brinque los arroyos a todo lo que daba la camioneta y ya hasta nos andábamos volteando —dijo uno de ellos, según nuestra colega.

La historia del ovni tiene otra parte sustancial donde el convocante sugiere a la reportera no publicar de manera prosaica el hecho. Pero los detalles nos quedaron poco claros y algunos ya los hemos olvidado.

Lo cierto es que, al final, la periodista no nos contó si Raúl Pérez invitó a los hermanos salvadores de Recursos Hidráulicos a cenar, por lo menos.

Septiembre/2009

## El ovni de Margarito

No muchas veces hay evidencias claras de un avistamiento, pero un viejo amigo de mi padre, don Margarito, las tenía irrefutables. “En la sierra El Sarnoso está la marca donde bajó un ovni”, me dijo. Rebatí mi dogmática incredulidad y lanzó el reto para su comprobación. La anécdota es breve, pero siempre que puedo, la narro. Por alguna razón, desde mi infancia el tema de la ufología me ha parecido muy divertido por las implicaciones en sus significados y resultados, y así se lo manifesté a don Margarito cuando acepté el desafío hace ya algunos años.

Pero antes debo enmendar —o presumir— una conducta poco conocida de mis inicios en la carrera periodística y moneril: confieso que participé con varios medios impresos a finales de los setentas en el Distrito Federal, entre ellos, la revista *Contactos extraterrestres*; ahí publiqué caricaturas sobre marcianos y naves espaciales. Conocí pues el nervio y la trama de muchas historias mundiales de ovnis y cosas por el estilo para usarlos en los trazos humorísticos. La revista publicada por la *Editorial Posada* tenía un amplio público y fans en todos los mundos de aquella época.

Mas eso no es todo. Para darme más autoridad en la materia —o más descrédito, si consideran adecuado plantearlo así—, debo decir que años después tuve oportunidad de convivir con el polémico Jaime Maussan, especialista en avistamientos extraterrestres, esto en casa de Víctor Hugo Hernández, amigo periodista de La Laguna.

—Tú ves platillos en todos lados... hasta en la cocina y el comedor —le dije a Maussan en broma mientras comíamos—. ¿En verdad crees todas esas historias que cuentas? —pregunté enseguida aprovechando el buen ambiente—. Se puso muy serio, y me miró severo con sus enormes ojos saltones a medio párpado:

—Yo no sé, yo sólo expongo los datos; que la gente saque sus conclusiones.

Parece muy correcto, pero es sabido que las conclusiones sobre los marcianos a veces suelen ser impactantes —o desastrosas— si se usan los artificios convenientes para el caso. Orson Wells es un

ejemplo típico en el manejo de medios y miedos. Sí: en el manejo de medios y miedos.

Veamos: la historia nos cuenta que en 1938 el terror de los norteamericanos brotó espontáneo y sin control cuando Orson Welles dramatizó *La guerra de los mundos*, de H.G. Wells, en su programa de radio *Teatro Mercury* de la CBS. Welles usó ambientación sonora adecuada cuando transmitió que los marcianos invadían irremediablemente a los Estados Unidos; el relato dice que un millón de personas —que usualmente no escuchaba el programa y que tampoco esperó el final de la novela— se lo creyó con pánico.

Después del miedo, la explicación y el enojo, vino el ridículo: el ardid, ingenioso y sencillo en la dramatización de Welles fue copiar el estilo de la voz desbordada y atribulada del cronista Herb Morrison cuando narró la tragedia del zeppelin Hindenburg un año antes. El miedo a través del medio reaccionó sólo con una imitación verbal. Así que los marcianos aportan humor, espectáculo y pavor. ¿En qué rubro colocaríamos la prueba irrefutable de don Margarito? Con Margarito, es imperativo señalar que no hubo decepción: el sitio de aterrizaje del objeto luminoso visto días antes en la sierra El Sarnoso, en Gómez Palacio, Durango, a escasos quince minutos del área metropolitana de la Comarca Lagunera, estaba lleno de manchas oscuras y viscosas.

—¿Ya ve, Armando? Aquí aterrizó el ovni —expresó el señor al mostrar un círculo grande en medio de matorrales quemados.

—Esas manchas son de una sustancia aceitosa muy rara —dijo convencido de su hallazgo ufológico.

Yo vi otra cosa. Lo que yo imaginé de inmediato fue la nave de ET arrojando humo por el escape en sus travesías por las estrellas, cuando vi cerca los montones de filtros Gonher usados en cada cambio de aceite para motor.

Al regresar de ese día de campo pensé en cuántas caricaturas podría inventar con esta experiencia; también pensé en Jaime Maussan anunciando a nivel mundial el descubrimiento de un ET sin conciencia ecológica; y finalmente pensé en una dramatización radiofónica de Orson Welles patrocinada por aditivos Bardhal.

Enero/2011



## Edén bajo candado

—¿Así que anda buscando lo que no se le ha perdido? —fue la áspera respuesta del propietario de aquellas tierras colindantes con una de las regiones más ricas en flora y fauna del norte de Coahuila: la reserva Maderas del Carmen.

Aunque novatos en este tipo de periodismo, era la segunda ocasión a finales de los noventa que intentábamos llegar a ese edén boscoso de Maderas del Carmen, ubicado a 33 kilómetros de la frontera con Estados Unidos, y a 180 de la cabecera municipal de Múzquiz.

Habíamos manejado todo el día desde Torreón, pero el candado en una puerta ganadera y la ponchadura del neumático del Volkswagen obligaron la parada en el camino serrano aledaño a la reserva.

—Es que deseamos realizar un reportaje sobre la riqueza de Coahuila —dije en medio del resuello por la intensa y solitaria caminata de casi hora y media en el atardecer de aquel sinuoso y reseco valle, todo para llegar a la casa grande.

—Ah, mire nomás. Pues qué bueno para usted —exclamó con evidente molestia el ranchero, veterano, regordete, desde su silla mecedora ubicada en el pórtico de su quinta. Era nada menos que Desiderio Ortegón, dueño de innumerables expendios de cerveza en el municipio de Múzquiz y potentado de las tierras que bloqueaban la ruta hacia las montañas de la reserva.

—Se nos ponchó una llanta del coche, allá, en la entrada de la cerca, y como está cerrada con candados, vine a...

—¿A poco de verdad se vino a pie desde allá? Mire que a usted sí le gusta caminar, amigo, ¿eh? —interrumpió Ortegón entre risas huecas volteando a ver a sus dos hijos adultos que resguardaban su espalda como altivos vigilantes.

En ese ambiente confuso y tempranamente tenso aventuré la petición:

—Solicitamos su permiso para cruzar el camino y alcanzar Maderas del Carmen...

El dueño de los expendios se reacomodó en su silla, cruzó rápidas miradas con sus hijos y respondió con sonrisa dura: “Claro, claro,

cómo no, amigo; mire, nomás me trae el permiso de los otros dueños que también tienen el camino con candado, y cómo no: pase usted”.

Ante lo que se perfilaba como una negativa no esperada, argumenté con un atropellado y débil salvoconducto:

—Sé que Mariano López Mercado era dueño de algunos predios de aquí; él fue conocido nuestro.

—Ah, no, no, mi querido amigo; usted se va a Monterrey y le pide permiso por escrito a los señores Zambrano, ellos son los propietarios de esta riqueza. ¿Oyó? Ándele, yo aquí lo espero... para que vea que por mí no hay problema. Ándele...

Observé a los guardaespaldas en posición de firmes con los brazos cruzados, que se mantenían en silencio y con mirada de abierto desagrado hacia mí y, abajo del tejabán de la aislada y remota finca de descanso del empresario cervecero, tres perros negros e irascibles que reproducían con sus ladridos el rigor del desventurado ambiente. Todos anhelaban echarme del predio.

—Venimos desde Torreón, es la segunda vez que hemos deseado reportear la reserva. Quisiéramos que la gente del sur conozca la biodiversidad del estado, que usted nos contara qué hace para... —intente construir un mérito al considerar la distancia.

—Se le va hacer tarde para llegar a Monterrey, amigo —expresó seco Desiderio, a manera de candado verbal.

No supe qué decir. A lo lejos, a una desconsolada hora o más de camino de terracería, estaba el socio Héctor Esparza, fuera del límite de la propiedad, cambiando el neumático del auto. Había oscurecido por completo. Sin luna, mi retorno sería a ciegas.

Apenas sentía el alivio físico de la larga caminata cuando el fastidio de la frustración cansaba ahora el ánimo.

—¿Quiere una cerveza, amigo? Ándele, para que su regreso a pie no se le haga tan pesado. Nomás que no están frías ¿eh? —expresó con sonrisa pétrea el terrateniente, indicando con su helada invitación mi hora de partida.

—No, gracias.

Empecé a bajar los escalones de la finca, y en automático los perros gruñeron. Fieles a su territorio marcado, los canes rabiosos

me arrojaron de sus dominios, mientras —de regreso— en medio de la oscuridad total, yo buscaba sin ver el largo camino extraviado de la reserva perdida otra vez.

Marzo/2011



## Un desierto, una Combi, un dragón

**E**n *Nomádica* tenemos la Combi Volkswagen Westfalia para nuestras andanzas de gitanos en el desierto. Es una Combi 1975 cámpervan con dormitorio, alacena, lavabo, cocina y mesa para cuatro personas. Muy práctica para ir a coleccionar historias lejanas con avituallamiento a la mano. Es nuestra estación espacial en el vacío de las amplias llanuras y serranías.

Una Combi similar tuvo el escritor argentino Julio Cortázar (1914-1984) en París a la que por sus “obstinadas predilecciones wagnerianas”, asemejó con un dragón; la cámper fue, además, una tercera protagonista de gran despliegue en su complaciente y juguetón libro *Los autonautas de la cosmopista* (Alfaguara hispánica, México, 1994) cuya crónica compartió con su compañera Carol Dunlop.

Por cierto, de este libro me enteré por el escritor y periodista Enrique Rioja, fan de mala sangre de Cortázar al considerarlo como un segundo —casi un plagiador— del también literato argentino Macedonio Fernández. *Los autonautas...* es un libro raro y casi extinto, y aun así, Rioja se aventuró con su reconocida generosidad a prestármelo. Demás está decir que su osadía de gran amigo casi le resultó fatal: sufrió meses al deducir con alto grado de certeza que yo no tenía la menor intención de regresarle tan preciada y única obra. Mucho, pero mucho después, el sufrimiento cambió de alma: ahora era la mía, acongojada por no encontrar la crónica cortazareana en librería o biblioteca alguna.

Pero volvamos a la historia del camioncito alemán. Según Julio Cortázar, todo empezó cuando su amigo el poeta Paul Blackburn llegó a Saïgnon en los valles franceses de Vacluse, en la Volkswagen. “Me bastó asomarme al dragón (la Combi), ver cómo el asiento trasero se convertía en cama, cómo la pequeña bomba vertía agua en un lavabo mientras el hornillo de butagás chisporroteaba entusiasta para favorecer la cocción de huevos o de spaghetti (...) y cambió el futuro.

“Yo volvería a París y, en uno de los peores momentos de mi vida, haría gracias a vos todo lo contrario de lo que hubiera hecho cualquier otro ser pensante, o sea, en lugar de hundirme en la neurosis, fui a buscarme un dragón (...), lo llamé Fafner como debe llamarse un dragón de verdad; compré unas latas de conservas y botellas de vino, y me fui a Austria cruzando toda Francia y Alemania y aprendiendo a dormir en Fafner, a cocinar en Fafner”.

Fafner “es una especie de casa rodante o caracol (...) al que he sumado la radio, la máquina de escribir, libros (...) y un calentador gracias al cual una lata de conservas se convierte en almuerzo o cena

mientras se escucha a Vivaldi o se escriben estas cuartillas”, narró el argentino.

Cortázar y su compañera, la escritora y fotógrafa canadiense Carol Dunlop (1946-1982), asumieron “que un bosque no vale nada si no es un bosque con Fafner en su rincón más secreto, y que las playas son un montón de arena y de agua si Fafner no está allí para organizarlas, darles su sentido y sus verdaderas líneas de fuga”.

En mayo de 1982 el autor de *Rayuela* y Carol realizan en 25 días un viaje por la autopista París-Marsella. La crónica escrita al alimón es una visión filosófica y divertida de las aventuras de los *autonautas* en los paraderos de la gran rúa francesa.

“Comprendimos que a nuestra manera habíamos hecho un acto Zen, habíamos buscado el Graal, habíamos divisado las cúpulas de oro de la Orplid. Y todo eso se había dado precisamente porque no lo habíamos pensado ni buscado ni propuesto, porque el amor y la alegría nos colmaban demasiado para dejar paso a una ansiedad de búsqueda. Nos habíamos encontrado a nosotros mismos y eso era nuestro Graal sobre la Tierra”, reflexionó Cortázar.

Carol murió cinco meses después y la edición de *Los autonautas de la cosmopista* fue finalizada por un Julio enfermo y deprimido. “A ella le debo, como le debo lo mejor de mis últimos años, terminar solo este relato (...). El dolor no es, no será nunca más fuerte que la vida que me enseñaste a vivir como acaso hemos llegado a mostrarlo en esta aventura que toca aquí a su término pero que sigue, sigue en nuestro dragón, sigue para siempre en nuestra autopista”.

Dos años más tarde, Cortázar acompañó a Carol. Juntos reposan en Montparnasse, París, cobijados por una austera lápida blanca.

Fafner se disipa en Marsella... y aparece la ruidosa Westfalia-*Nomádica* arribando de Ocampo, Coahuila, después de cuatro días de frío, soledad, historias y aventura. Desde una introspección no wagneriana, nuestro inmenso desierto vale mucho y tiene su sentido y sus propias líneas de fuga aunque el dragón *Nomádica* esté presente o ausente. Y nos consta, asimismo, que ese desierto se convierte a nuestro paso en una pesada nube de polvo, y sus caminos de piedra en aleatorias navajas para los frágiles neumáticos, y la camioneta

blanca en una imagen omnipresente en los lejanos poblados. Pero sin el halo cortazareano, nuestra Volkswagen sigue siendo solo eso... una simple, cómoda, práctica y veterana Combi.

Julio/2012

## Una princesa en el desierto

En cada expedición al desierto cuidamos las elementales previsiones para el camino: alimento, agua, carpas, lámparas, mapas y demás ajuar. Pero no siempre había sido así. Aún más: actualmente nadie va a una expedición si no cumple una función determinada y nadie aborda el vehículo sin su cobertura de salud y seguridad. Por supuesto, antes tampoco era así.

En los inicios del proyecto *Nomádica* mucha gente entusiasta nos acompañó sin contemplar los riesgos en campo, desde especialistas que nos nutrían de datos hasta nuestras familias que pronto se aburrían al vernos trabajar en cada detalle a la intemperie. Y en el largo desfile de acompañantes de todas las castas, en ocasiones tocaba convivir con la *realeza* local, con gente acostumbrada al confort palaciego.

Habría que precisar que de la realeza local nunca una dama había osado brincar las alfombras del Palacio de Hierro para pisar el polvo, hasta que una, fascinada por los turbios relatos de la bohemia plena, se atrevió en pleno uso de sus facultades aristocráticas.

La noble representante era una mujer joven, de raíz y alma urbana; de vida y temple sofisticados. Una princesa. Y fue en aquel fin de año que la princesa deseaba vivir en su frágil figura la magia de las planicies. En medio de ese torbellino rocambolés de narraciones que los discretos escuchaban sorprendidos y escépticos a la vez, la princesa pedía, exigía, ir a una expedición. Ofrecía ayudar en la logística. Presumía resistir los pormenores de nuestras fachosas historias.

Y fue, finalmente, invitada en aquel invierno.

Nos acompañó en la expedición Viesca-Parras, un recorrido de tres días por la llanura cuya finalidad era reportear las condiciones del camino, vida y ambiente sobre el trayecto de la laguna seca de Viesca, un camino solitario, polvoso y salino.

Y salimos. Hasta Viesca todo fue muy propio, muy cómodo, pero al internarnos por el seco sendero rumbo al gran llano, la densa tolvenera levantada por la camioneta *pick up* invadió de inmediato piel,



ojos, pelo, ropa y todo el equipo que portábamos en la caja trasera. Además, el sol invernal de medio día deshidratava implacable, sin sentirlo.

—¿Hay agua para lavarme las manos? —preguntó la princesa en la primera parada técnica, ya en la vastedad de la planicie.

—Sí, atrás de la Ford, junto a la despensa —respondí mientras sacudía mi equipo.

Me fui a tomar algunas fotografías del silencioso y árido lugar; a lo lejos se diluían viejos surcos abandonados, de siembras sin memoria, remotos. Héctor Esparza se esfumó por otro rumbo con su cámara de video.

—¿Dónde hay más agua? —cuestionó la dama urbana aún moviendo sus manos húmedas.

—Ahí, donde te indiqué está el agua.

—No, ya no hay. Ya se acabó y no terminé de lavarme las manos.

—¿Cómo? —fingí no entender lo que había escuchado con claridad—. Si en esos garrafones traemos toda el agua para la expedición.

—Ay, no es cierto, ¿y luego para la comida? ¿Y a poco no se van a bañar?

—Es que esa agua era para beber, preparar alimentos y asear los utensilios.

—No inventes. ¿A poco tampoco se cambiarán de ropa? —criticó la princesa al ver nuestro atuendo lleno de polvo blanco apenas en el inicio de la expedición.

—No habrá baño hasta el retorno. Acá en ningún lado hay agua —respondí sin salir del azoro.

Héctor ni se inmutó al enterarse de que los garrafones quedaron vacíos. Sin agua, pero con cervezas heladas como gran reserva precautoria, avanzamos. Durante el día hicimos paradas para levantar fotos y video de cada perspectiva interesante del desierto.

Al oscurecer, nos refugiamos en el ejido El Amparo donde, para dormir, el comisario nos ofreció la pequeña bodega de adobe llena de viejos pertrechos de campo; allí nos resguardamos de la súbita llegada de un viento frío.

En medio de aquellas casas oscuras, la mujer acotó con porte real al campesino:

—Oiga... ¿y ahí en la bodega hay agua caliente para bañarse?

—¿Agua caliente para bañarse? ¡Andee nooo, señorita; ya qui-siéramos agua pero para tomar!

Así se fueron los tres largos días para ella. Desperdigando su añoranza por el lujo, durmió en bodegas de adobe y tiendas de campaña, en suelos de tierra y arroyos de arena. Acostumbrada a descansar en el confort de hoteles cinco estrellas, la princesa soñó sus noches bajo un cielo limpio de mil estrellas.

Enero/2014

# Índice

DOS NÓMADAS DE ATAR / 9

ESPEJISMOS / 13

## I

Vivir en el Aquario (I) / 21

El Aquario de Guillermo Tell (y II) / 24

“Ustedes se van, ¿y yo? ¡Yo me queeedo!” / 27

...y nos dieron calabazas / 30

Alucinaciones en el Cañón de la Lima / 33

Lápiz labial para los desfallecidos / 37

Desde el más allá, Elpidio siempre vuelve / 40

Barbie en Sierra Mojada / 43

“Adiós, rancho de mis abuelos” / 46

Tormento alado / 49

Supergigante estelar al aterrizaje / 54

El estropajo es para profesionales / 56

Los reporteros también tiemblan / 59

Alivio a cachuchazos / 62

Del sillón al desierto, caminantes de otro mundo / 65

¡Ay, Chinita! ¡Ya nos estamos reciclando! / 68

Engullo... ya luego veremos / 71

Una guía sin brújula / 74

Balada a la luna / 77

Sonrisas para un balseiro al garete / 80

“¡Pero si están nuevas!” / 83

El arte de la pesca es cosa seria / 86

## II

Diosito y los relámpagos / 93

Los sonidos de un fantasma / 96

Calaveras en la mina / 99

Perdidos en el desierto / 104

“Ah, esos hijos de la...” / 107  
“A mí no me engañan; ningún periodista toma paisajes” / 110  
La barata filosofía de la meseta / 113  
En la boca del lobo / 116  
El diablo en un pueblo sin ley y sin luz / 119  
Deportados en una tarde de verano / 122  
Cuando del cielo cayeron estrellas de hielo / 125  
El jarabe de oso / 129  
Ovni casi se vuelca en la Zona del Silencio / 132  
El ovni de Margarito / 135  
Edén bajo candado / 138  
Un desierto, una Combi, un dragón / 141  
Una princesa en el desierto / 145

## Índice fotográfico

Armando Monsiváis / Portada, 9, 13, 19, 21, 24, 27, 31, 33, 36, 40, 43, 46, 49, 53, 56, 59, 66, 68, 74, 80, 86, 93, 96, 101, 103, 107, 110, 113, 116, 119, 122, 125, 128, 132, 137, 141, 146.

Cecilia Rojas Orozco / 14, 91.

Nancy Méndez Lozano / 62.

Héctor Esparza / 77, 83.

*Nómadas de papel* fue impreso en diciembre de 2016 en los talleres de Celsa Impresos. La edición estuvo al cuidado del Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y los autores.

Este libro está cruzado por la honestidad. A la menor provocación, sus autores —Héctor Esparza y Armando Monsiváis— narran expediciones en las que jamás quieren lucir como conocedores. Antes bien, los recorridos son permanentes aprendizajes, inmensas aulas a cielo abierto. Cada tranco de esta peculiar y múltiple andanza apunta para nosotros una linterna hacia lo más importante: el respeto y el asombro que nos merece la naturaleza y, de refilón, el respeto y el asombro que nos merecen los dos locos de *Nomádica* que no se han cansado de escribirla y de fotografiarla.



Nomádica